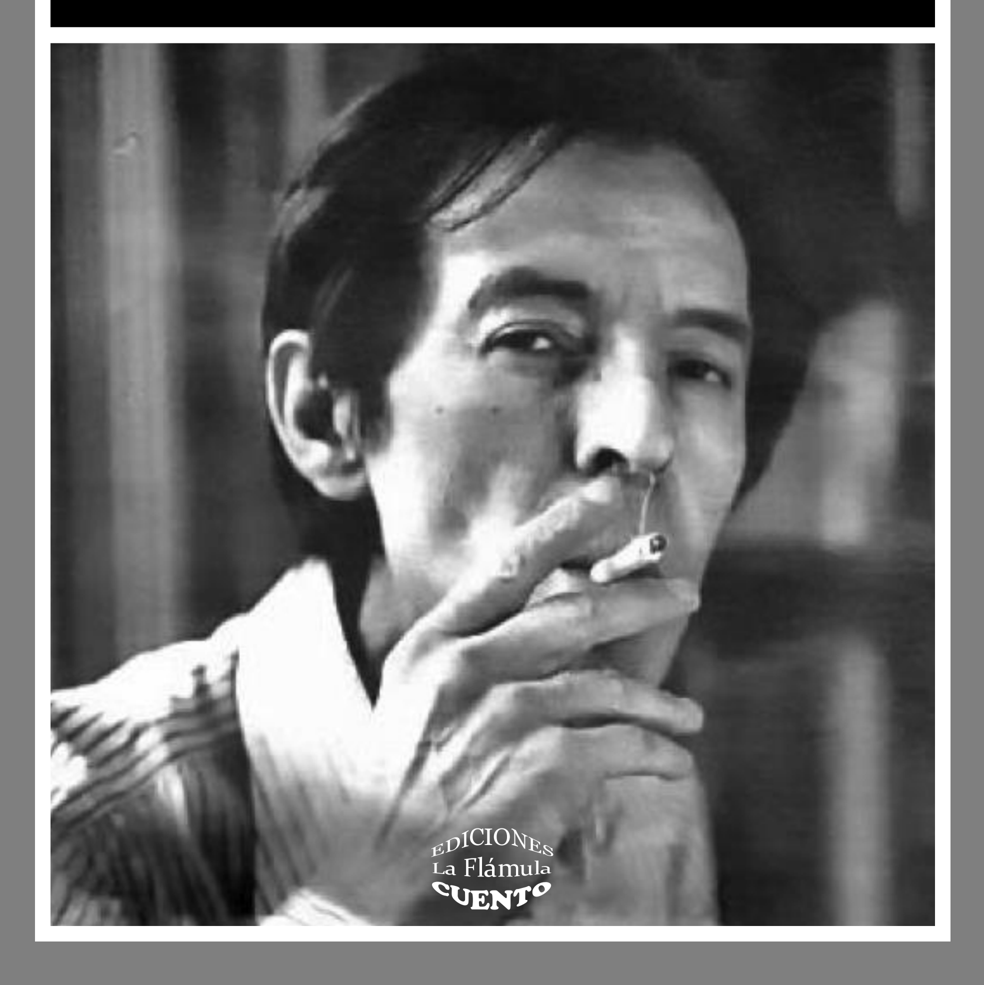
Julio Ramón Ribeyro

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS



LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

Julio Ramón Ribeyro

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS



Edición: Arístides Valdés Guillermo
Ilustración: *Imagen del autor*

www.edicioneslaflamula.blogspot.com

ÍNDICE

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas.

A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

—¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos legañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

—¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda nomás, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.

Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces sólo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos sólo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el

acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:

—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

—¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardientes de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

—¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrá que zurrarlos para que aprendan!

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

—Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja Policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. Un perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hacia el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

—¡Bravo! —exclamó don Santos—. Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándoles a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ello, pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Ésas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique—. No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero

llegaban los gruñidos de Pascual.

—¿Y a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo—. ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo... ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo—. Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus dos nietos como si meditara una sentencia.

—Bien, bien —dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín del pescuezo lo arreó hacia el cuarto—. ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

Cerca de mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique— y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

—¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

—¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

—¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

—Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

—No come casi nada..., mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada, soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

—¡Pascual, Pascual... Pascualito! —cantaba el abuelo.

—Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

—Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama Pedro, es para ti, para que te acompañe... Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:

—¡Pascual, Pascual... Pascualito!

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a su interior y,

al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

—¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable: Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

—¡Está muy mal engañarme de esta manera! —plañía—. Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandaría al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

—¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado.

Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja Policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

—¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

—¡Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua, Enrique tosía. Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo, que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar a los ojos del abuelo creía desconocerlo, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos

y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba en su cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido:

—¡Arriba, arriba, arriba! —Los golpes comenzaron a llover—. ¡A levantarse, haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De pie!...

Efraín se echó a llorar, Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

—¡A Efraín no! ¡Él no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

—Ahora mismo... al muladar... lleva los dos cubos, cua-

tro cubos...

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

—Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

—¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín, apenas lo vio, comenzó a gemir:

—Pedro... Pedro...

—¿Qué pasa?

—Pedro ha mordido al abuelo... el abuelo cogió la vara... después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

—¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos—. ¡No, no! —Y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Éste la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltea! —gritó—. ¡Voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, re-

trocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas en el fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente el lodo. Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

—¡A mí, Enrique, a mí!...

—¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano—. ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

—¿Adónde? —preguntó Efraín.

—¡Adonde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

—¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

París, 1954

INTERIOR «L»

El colchonero con su larga pértiga de membrillo sobre el hombro y el rostro recubierto de polvo y de pelusas atravesó el corredor de la casa de vecindad, limpiándose el sudor con el dorso de la mano.

—¡Paulina, el té! —exclamó al entrar a su habitación dirigiéndose a una muchacha que, inclinada sobre un cajón, escribía en un cuaderno. Luego se desplomó en su catre. Se hallaba extenuado.

Toda la mañana estuvo sacudiendo con la vara un cerro de lana sucia para rehacer los colchones de la familia Enríquez. A mediodía, en la chingana de la esquina, comió su cebiche y su plato de frejoles y prosiguió por la tarde su tarea. Nunca, como ese día, se había agotado tanto. Antes del atardecer suspendió su trabajo y emprendió el regreso a su casa, vagamente preocupado y descontento, pensando casi con necesidad en su catre destartalado y en su taza de té.

—Acá lo tienes —dijo su hija, alcanzándole un pequeño jarro de metal—. Está bien caliente. —Y regresó al cajón donde prosiguió su escritura. El colchonero bebió un sorbo mientras observaba las trenzas negras de Paulina y su espalda tenazmente curvada. Un sentimiento de ternura y de tristeza lo conmovió. Paulina era lo único que le quedaba de su breve familia. Su mujer hacía más de un año que muriera víctima de la tuberculosis. Esta enfermedad parecía ser una tara familiar, pues su hijo que trabajaba de albañil, falleció de lo mismo algún tiempo después.

—¡Le ha caído un ladrillo en la espalda! ¡Ha sido sólo un ladrillo! —Recordó que argumentaba ante el dueño del callejón, quien había acudido muy alarmado a su propiedad al enterarse que en ella había un tísico.

—¿Y esa tos?, ¿y ese color?

—¡Le juro que ha sido sólo un ladrillo! Ya todo pasará.

No hubo de esperar mucho tiempo. A la semana el pequeño albañil se ahogaba en su propia sangre.

—Debió ser un ladrillo muy grande —comentó el propietario cuando se enteró del fallecimiento.

—Paulina, ¿me sirves otro poco?

Paulina se volvió. Era una cholita de quince años, baja para su edad, redonda, prieta, con los ojos rasgados y vivos y la nariz aplastada. No se parecía en nada a su madre, la cual era más bien delgada como un palo de tejer.

—Paulina, estoy cansado. Hoy he cosido dos colchones —suspiró el colchonero, dejando el jarro en el suelo para extenderse a lo largo de todo el catre. Y como Paulina no contestara y dejara tan sólo escuchar el rasgueo de la pluma sobre el papel, no insistió. Su mirada fue deslizándose por el techo de madera hasta descubrir un tragaluz donde faltaba un vidrio. «Sería necesario comprar uno», pensó y súbitamente se acordó de Domingo. Se extrañó que este recuerdo no le produjera tanta indignación. ¡También había tenido que sucederle eso a él!

—Paulina, ¿cómo apellidaba Domingo?

Esta vez su hija se volvió con presteza y quedó mirándolo fijamente.

—Allende —replicó y volvió a curvarse sobre su tarea.

—¿Allende? —Se preguntó el colchonero. Todo empezó cuando una tarde se encontró con el profesor de Paulina en la avenida. Apenas lo divisó corrió hacia él para pregun-

tarle por los estudios de su hija. El profesor quedó mirándolo sorprendido, balanceó su enorme cabeza calva y apuntándole con el índice le hizo una revelación enorme:

—Hace dos meses que no va al colegio. ¿Es que está enferma acaso?

Sin dar crédito a lo que escuchaba regresó en el acto a su casa. Eran las tres de la tarde, hora eminentemente escolar. Lo primero que divisó fue el mandil de Paulina colgado en el mango de la puerta y luego, al ingresar, a Paulina que dormía a pierna suelta sobre el catre.

—¿Qué haces aquí?

Ella despertó sobresaltada.

—¿No has ido al colegio?

Paulina prorrumpió a llorar mientras trataba de cubrir sus piernas y su vientre impúdicamente al aire. Él, entonces, al verla tuvo una sospecha feroz.

—Estás muy barrigona —dijo acercándose—. ¡Déjame mirarte! —Y a pesar de la resistencia que le ofreció logró descubrirla.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Estás embarazada! ¡No lo voy a saber yo que he preñado por dos veces a mi mujer!

—Allende, ¿no? —preguntó el colchonero incorporándose ligeramente—. Yo creía que era Ayala.

—No, Allende —replicó Paulina sin volverse.

El colchonero volvió a recostar su cabeza en la almohada. La fatiga le inflaba rítmicamente el pecho.

—Sí, Allende —repitió—. Domingo Allende.

Después de los reproches y de los golpes ella lo había confesado. Domingo Allende era el maestro de obras de una construcción vecina, un zambo fornido y bembón, hábil para decir un piropo, para patear una pelota y para darle un mal corte a quien se cruzara en su camino.

—Pero ¿de quién ha sido la culpa? —habíale preguntado tirándola de las trenzas.

—¡De él! —replicó ella—. Una tarde que yo dormía se metió al cuarto, me tapó la boca con una toalla y...

—¡Sí, claro, de él! ¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Tenía vergüenza!

Y luego qué rabia, qué indignación, qué angustia la suya. Había pregonado a voz en cuello su desgracia por todo el callejón, confiando en que la solidaridad de los vecinos le trajera algún consuelo.

—Vaya usted donde el comisario —le dijo el gasfitero del cuarto próximo.

—Estas cosas se entienden con el juez —le sugirió un repartidor de pan.

Y su compadre, que trabajaba en carpintería, le insinuó cogiendo su serrucho.

—Yo que tú... ¡zas! —Y describió una expresiva parábola con su herramienta.

Esta última actitud le pareció la más digna, a pesar de no ser la más prudente, y armado solamente de coraje se dirigió a la construcción donde trabajaba Domingo.

Todavía recordaba la maciza figura de Domingo asomando desde un alto andamio.

—¿Quién me busca?

—Aquí un señor pregunta por ti.

Se escuchó un ruido de tablones cimbrándose y pronto tuvo delante suyo a un gigante con las manos manchadas de cal, el rostro salpicado de yeso y la enorme pasa zamba emergiendo bajo un gorro de papel. No sólo decayeron sus intenciones belicosas, sino que fue convencido por una lógica —que provenía más de los músculos que de las palabras— que Paulina era la culpable de todo.

—¿Qué tengo que ver yo? ¡Ella me buscaba! Pregunte nomás en el callejón. Me citó para su cuarto. «Mi papá no está por las tardes», dijo. ¡Y lo demás ya lo sabe usted!...

Sí, lo demás ya lo sabía. No era necesario que se lo recordaran. Bastaba en aquella época ver el vientre de Paulina, cada vez más hinchado, para darse cuenta que el mal estaba hecho y que era irreparable. En su desesperación no le quedó más remedio que acudir donde la señora Enríquez, vieja mujer obesa a quien cada cierto tiempo rehacía el colchón.

—No sea usted tonto —lo increpó la señora—. ¡Cómo se queda así tan tranquilo! Mi marido es abogado. Pregúntele a él.

Por la noche lo recibió el abogado. Estaba cenando, por lo cual lo hizo sentar a un extremo de la mesa y le invitó un café.

—¿Su hija tiene sólo catorce años? Entonces hay presunción de violencia. Eso tiene pena de cárcel. Yo me encargaré del asunto. Le cobraré, naturalmente, un precio módico.

—Paulina, ¿no te dan miedo los juicios? —preguntó el colchonero con la mirada fija en el vidrio roto, por el cual asomaba una estrella.

—No sé —replicó ella, distraídamente.

Él sí lo tenía. Ya una vez había sido demandado por desahucio. Recordaba, como una pesadilla, sus diarios vagares por el Palacio de Justicia, sus discusiones con los escribanos, sus humillaciones ante los porteros. ¡Qué asco! Por eso la posibilidad de embarcarse en un juicio contra Domingo lo aterró.

—Voy a pensarlo —dijo al abogado.

Y lo hubiera seguido pensando indefinidamente si no

fuera por aquel encuentro que tuvo con el zambo Allende, un sábado por la tarde, mientras bebía cerveza. Envalentonado por el licor se atrevió a amenazarlo.

—¡Te vas a fregar! Ya fui donde mi abogado. ¡Te vamos a meter a la cárcel por abusar de menores! ¡Ya verás!

Esta vez el zambo no hizo bravatas. Dejó su botella sobre el mostrador y quedó mirándolo perplejo. Al percatarse de esta reacción, él arremetió.

—¡Sí, no vamos a parar hasta verte metido entre cuatro paredes! La ley me protege.

Domingo pagó su cerveza y sin decir palabra abandonó la taberna. Tan asustado estaba que se olvidó de recoger su vuelto.

—Paulina, esa noche te mandé a comprar cerveza.

Paulina se volvió.

—¿Cuál?

—La noche de Domingo y del ingeniero.

—Ah, sí.

—Anda ahora, toma esto y cómprame una botella. ¡Que esté bien helada! Hace mucho calor.

Paulina se levantó, metió las puntas de su blusa entre su falda y salió de la habitación.

El mismo sábado del encuentro en la taberna, hacia el atardecer, Domingo apareció con el ingeniero. Entraron al cuarto silenciosos y quedaron mirándolo. Él se asombró mucho de la expresión de sus visitantes. Parecían haber tramado algo desconocido.

—Paulina, anda a comprar cerveza —dijo él, y la muchacha salió disparada.

Cuando quedaron los tres hombres solos hicieron el acuerdo. El ingeniero era un hombre muy elegante. Recordó que mientras estuvo hablando, él no cesó de mirarle

estúpidamente los dos puños blancos de su camisa donde relucían gemelos de oro.

—El juicio no conduce a nada —decía, paseando su mirada por la habitación con cierto involuntario fruncimiento de nariz—. Estará usted peleando durante dos o tres años en el curso de los cuales no recibirá un cobre y mientras tanto la chica puede necesitar algo. De modo que lo mejor es que usted acepte esto... —Y se llevó la mano a la cartera.

Su dignidad de padre ofendido hizo explosión entonces. Algunas frases sueltas repicaron en sus oídos. «¿Cómo cree que voy a hacer eso?», «¡Lárguese con su dinero!», «¡...el juez se entenderá con ustedes!». ¿Para qué tanto ruido si al final de todo iba a aceptar?

—Ya sabe usted —advirtió el ingeniero antes de retirarse—. Aquí queda el dinero, pero no meta al juez en el asunto.

Paulina entró con la cerveza.

—Destápala —ordenó él.

Aquella vez Paulina también llegó con la cerveza pero, cosa extraña, hubo de servirles al ingeniero y a su violador. Ella también bebió un dedito y los cuatro brindaron por «el acuerdo».

—¿No quieres un poco? —preguntó el colchonero.

Paulina se sirvió en silencio y entregó la botella a su padre.

Por el hueco del vidrio seguía brillando la estrella. Entonces, también brillaba la estrella, pero sobre la mesa, ahora desolada, había un alto de billetes.

—¡Cuánto dinero! —había exclamado Paulina cayendo sobre el colchón.

Mucho dinero había sido, en efecto, ¡mucho dinero! Lo primero que hizo fue ponerle vidrios al tragaluz. Después

adquirió una lámpara de kerosene. También se dieron el lujo de admitir un perrito.

—Paulina, ¿te acuerdas de Bobi? ¡El pobre!

Y así como el perrito desapareció sin dejar rastros —se sospechó siempre del carnicero— el cristal fue destrozado de un pelotazo. Sólo quedaba el lamparín de kerosene. Y el recuerdo de aquellos días de fortuna. ¡El recuerdo!

—¡Qué días esos, Paulina!

Durante más de quince días estuvo sin trabajar. En sus ociosas mañanas y en sus noches de juerga encontraba el delicioso sabor de una revancha. Del dinero que recibiera iba extrayendo, en febriles sorbos, todas las experiencias y los placeres que antes le estuvieron negados. Su vida se plagó de anécdotas, se hizo amable y llevadera.

—¡Maestro Padrón! —le gritaba el gasfitero todas las tardes—. ¿Nos vamos a tomar nuestro caldito? —Y juntos se iban a la chingana de don Eduardo.

—¡Maestro Padrón! ¿Conoce usted el hipódromo? —Recordaba un vasto escenario verde lleno de chinos, de boletos rotos y naturalmente de caballos. Recordaba, también, que perdió dinero.

—¡Maestro Padrón! ¿Ha ido usted a la feria?...

—¡Sería necesario poner un nuevo vidrio! —exclamó el colchonero con cierta excitación—. Puede entrar la lluvia en el invierno.

Paulina observó el tragaluz.

—Está bien así —replicó—. Hace fresco.

—¡Hay que pensar en el futuro!

Entonces no pensaba en el futuro. Cuando el gasfitero le dijo: «¡Maestro Padrón! ¿Damos una vuelta por La Victoria?», él aceptó sin considerar que Paulina tenía ocho meses de embarazo y que podía dar a luz de un momento a otro.

Al regresar a las tres de la mañana, abrazado del gasfitero, encontró su habitación llena de gente: Paulina había abortado. En un rincón, envuelto en una sábana, había un bulto sanguinolento. Paulina yacía extendida sobre una jerga con el rostro verde como un limón.

—¡Dios mío, murió Paulicha! —fue lo único que atinó a exclamar antes de ser amonestado por la comadrona y de recibir en su rostro congestionado por el licor un jarro de agua helada.

Por el tragaluz se colaba el viento haciendo oscilar la llama del lamparín. La estrella se caía de sueño.

—¡Habrá que poner un vidrio! —suspiró el colchonero y como Paulina no contestara insistió—: ¡Qué bien nos sirvió el de la vez pasada! No costó mucho, ¿verdad?

Paulina se levantó, cerrando su cuaderno.

—No me acuerdo —dijo y se acercó a la cocina. Recogiendo su falda para no ensuciarla puso las rodillas en tierra y comenzó a ordenar los carbones.

—¿Cuánto costaría? —Pensó él—. Tal vez un día de trabajo. —Y observó las anchas caderas de su hija. Muchos días hubieron de pasar para que recuperara su color y su peso. Los restos de su pequeño capital se fueron en remedios. Cuando por las noches el farmacéutico le envolvía los grandes paquetes de medicinas él no dejaba de inquietarse por el tamaño de la cuenta.

—Pero no ponga esa cara —reía el boticario—. Se diría que le estoy dando veneno.

El día que Paulina pudo levantarse él ya no tenía un céntimo.

Hubo, entonces, de coger su vara de membrillo, sus temibles agujas, su rollo de pita y reiniciar su trabajo con aquellas manos que el descanso había entorpecido.

—Está usted muy pesado —le decía la señora Enríquez al verlo resoplar mientras sacudía la lana.

—Sí, he engordado un poco.

Hacía de esto ya algunos meses. Desde entonces iba haciendo su vida así, penosamente, en un mundo de polvo y de pelusas. Ese día había sido igual a muchos otros, pero singularmente distinto. Al regresar a su casa, mientras raspaba el pavimento con la varilla, le había parecido que las cosas perdían sentido y que algo de excesivo, de deplorable y de injusto había en su condición, en el tamaño de las casas, en el color del poniente. Si pudiera por lo menos pasar un tiempo así, bebiendo sin apremios su té cotidiano, escogiendo del pasado sólo lo agradable y observando por el vidrio roto el paso de las estrellas y de las horas. Y si ese tiempo pudiera repetirse... ¿era imposible acaso?

Paulina inclinada sobre la cocina soplaba en los carbones hasta ponerlos rojos. Un calor y un chisporroteo agradables invadieron la pieza. El colchonero observó la trenza partida de su hija, su espalda amorosamente curvada, sus caderas anchas. La maternidad le había asentado. Se la veía más redonda, más apetecible. De pronto una especie de resplandor cruzó por su mente. Se incorporó hasta sentarse en el borde del catre:

—Paulina, estoy cansado, estoy muy cansado... necesito reposar... ¿por qué no buscas otra vez a Domingo? Mañana no estaré por la tarde.

Paulina se volvió a él bruscamente, con las mejillas abrasadas por el calor de los carbones y lo miró un instante con fijeza. Luego regresó la vista hacia la cocina, sopló hasta avivar la llama y replicó pausadamente:

—Lo pensaré.

Madrid, 1953

MAR AFUERA

Desde que zarpara la barca, Janampa había pronunciado sólo dos o tres palabras, siempre oscuras, cargadas de reserva, como si se hubiera obstinado en crear un clima de misterio. Sentado frente a Dionisio, hacía una hora que remaba infatigablemente. Ya las fogatas de la orilla habían desaparecido y las barcas de los otros pescadores apenas se divisaban en lontananza, pálidamente iluminadas por sus faroles de aceite. Dionisio trataba en vano de estudiar las facciones de su compañero. Ocupado en desaguar el bote con la pequeña lata, observaba a hurtadillas su rostro que, recibiendo en plena nuca la luz cruda del farol, sólo mostraba una silueta negra e impenetrable. A veces, al ladear ligeramente el semblante, la luz se le escurría por los pómulos sudorosos o por el cuello desnudo y se podía adivinar una faz hosca, decidida, cruelmente poseída de una extraña resolución.

—¿Faltará mucho para amanecer?

Janampa lanzó sólo un gruñido, como si dicho acontecimiento le importara poco y siguió clavando con frenesí los remos en la mar negra.

Dionisio cruzó los brazos y se puso a tiritar. Ya una vez le había pedido los remos pero el otro rehusó con una blasfemia. Aún no acertaba a explicarse, además, por qué lo había escogido a él, precisamente a él, para que lo acompañara esa madrugada. Es cierto que el *mocho* estaba borracho pero había otros pescadores disponibles con quienes Janampa tenía más amistad. Su tono, por otra parte, había

sido imperioso. Cogiéndolo del brazo le había dicho:

—Nos hacemos a la mar juntos esta madrugada. —Y fue imposible negarse. Apenas pudo apretar la cintura de la *prieta* y darle un beso entre los dos pechos.

—¡No tardes mucho! —había gritado ella, en la puerta de la barraca, agitando la sartén del pescado.

Fueron los últimos en zarpar. Sin embargo, la ventaja fue pronto recuperada y al cuarto de hora habían sobrepasado a sus compañeros.

—Eres buen remador —dijo Dionisio.

—Cuando me lo propongo —replicó Janampa, disparando una risa sorda.

Más tarde habló otra vez:

—Por acá tengo un banco de arenques. —Tiró al mar un salivazo—. Pero ahora no me interesa. —Y siguió remando mar afuera.

Fue entonces cuando Dionisio empezó a recelar. El mar, además, estaba un poco picado. Las olas venían encrespadas y cada vez que embestían el bote, la proa se elevaba al cielo y Dionisio veía a Janampa y el farol suspendidos contra la Cruz del Sur.

—Yo creo que está bien acá —se había atrevido a sugerir.

—¡Tú no sabes! —replicó Janampa, casi colérico.

Desde entonces, ya tampoco él abrió la boca. Se limitó a desaguar cada vez que era necesario pero observando siempre con recelo al pescador. A veces escrutaba el cielo, con el vivo deseo de verlo desteñirse o lanzaba furtivas miradas hacia atrás, esperando ver el reflejo de alguna barca vecina.

—Bajo esa tabla hay una botella de pisco —dijo de pronto Janampa—. Échate un trago y pásamela.

Dionisio buscó la botella. Estaba a medio consumir y casi con alivio vació gruesos borbotones en su garganta salada.

Janampa soltó por primera vez los remos, con un sonoro suspiro, y se apoderó de la botella. Luego de consumirla la tiró al mar. Dionisio esperó que al fin fuera a desarrollarse una conversación pero Janampa se limitó a cruzar los brazos y quedó silencioso. La barca, con sus remos abandonados, quedó a merced de las olas. Viró ligeramente hacia la costa, luego con la resaca se incrustó mar afuera. Hubo un momento en que recibió de flanco una ola espumosa que la inclinó casi hasta el naufragio, pero Janampa no hizo un ademán ni dijo una palabra. Nerviosamente buscó Dionisio en su pantalón un cigarrillo y en el momento de encenderlo aprovechó para mirar a Janampa. Un segundo de luz sobre su cara le mostró unas facciones cerradas, amarradas sobre la boca y dos cavernas oblicuas incendiadas de fiebre en su interior.

Cogió nuevamente la lata y siguió desaguando, pero ahora el pulso le temblaba. Mientras tenía la cabeza hundida entre los brazos, le pareció que Janampa reía con sorna. Luego escuchó el paleteo de los remos y la barca siguió virando hacia alta mar.

Dionisio tuvo entonces la certeza de que las intenciones de Janampa no eran precisamente pescar. Trató de reconstruir la historia de su amistad con él. Se conocieron hacía dos años en una construcción de la cual fueron albañiles. Janampa era un tipo alegre, que trabajaba con gusto pues su fortaleza física hacía divertido lo que para sus compañeros era penoso. Pasaba el día cantando, haciendo bromas o aventándose de los andamios para enamorar a las sirvientas, para quienes era una especie de tarzán o de bes-

tia o de demonio o de semental. Los sábados después de cobrar sus jornales, se subían al techo de la construcción y se jugaban a los dados todo lo que habían ganado.

—Ahora recuerdo. —Pensó Dionisio—. Una tarde le gané al póquer todo su salario.

El cigarrillo se le cayó de las manos, de puro estremecimiento. ¿Se acordaría? Sin embargo, eso no tenía mucha importancia. Él también perdió algunas veces. El tiempo, además, había corrido. Para cerciorarse, aventuró una pregunta.

—¿Sigues jugando a los dados?

Janampa escupió al mar, como cada vez que tenía que dar una respuesta.

—No —dijo y volvió a hundirse en su mutismo. Pero después añadió—: Siempre me ganaban.

Dionisio aspiró fuertemente el aire marino. La respuesta de su compañero lo tranquilizó en parte a pesar de que abría una nueva veta de temores. Además, sobre la línea de la costa, se veía un reflejo rosado. Amanecía, indudablemente.

—¡Bueno! —exclamó Janampa, de repente—. ¡Aquí estamos bien! —Y clavó los remos en la barca. Luego apagó el farol y se movió en su asiento como si buscara algo. Por último se recostó en la proa y comenzó a silbar.

—Echaré la red —sugirió Dionisio, tratando de incorporarse.

—No —replicó Janampa—. No voy a pescar. Ahora quiero descansar. Quiero silbar también... —Y sus silbidos viajaban hacia la costa, detrás de los patillos que comenzaban a desfilar graznando—. ¿Te acuerdas de esto? —preguntó, interrumpiéndose.

Dionisio tarareó mentalmente la melodía que su com-

pañero insinuaba. Trató de asociarla con algo. Janampa, como si quisiera ayudarlo, prosiguió sus silbos, comunicándole vibraciones inauditas, sacudido todo él de música, como la cuerda de una guitarra. Vio, entonces, un corralón inundado de botellas y de valses. Era un cambio de aros. No podía olvidarlo pues en aquella ocasión conoció a la *prieta*. La fiesta duró hasta la madrugada. Después de tomar el caldo se retiró hacia el acantilado, abrazando a la *prieta* por la cintura. Hacía más de un año. Esa melodía, como el sabor de la sidra, le recordaba siempre aquella noche.

—¿Tú fuiste? —preguntó, como si hubiera estado pensando en viva voz.

—Estuve toda la noche —replicó Janampa.

Dionisio trató de ubicarlo. ¡Había tanta gente! Además, ¿qué importancia tendría recordarlo?

—Luego caminé hasta el acantilado —añadió Janampa y rió, rió para adentro, como si se hubiera tragado algunas palabras picantes y se gozara en su secreto.

Dionisio miró hacia ambos lados. No, no se avecinaba ninguna barca. Un repentino desasosiego lo invadió. Recién lo asaltaba la sospecha. Aquella noche de la fiesta Janampa también conoció a la *prieta*. Vio claramente al pescador cuando le oprimía la mano bajo el cordón de sábanas flotantes.

—Me llamo Janampa —dijo (estaba un poco mareado)—. Pero en todo el barrio me conocen por «el buenmozo zambo Janampa». Trabajo de pescador y soy soltero.

Él, minutos antes, le había dicho también a la *prieta*:

—Me gustas. ¿Es la primera vez que vienes aquí? No te había visto antes.

La *prieta* era una mujer corrida, maliciosa y con buen ojo para los rufianes. Vio detrás de todo el aparato de Ja-

nampa a un donjuán de barriada vanidoso y violento.

—¿Soltero? —le replicó—. ¡Por allí andan diciendo que tiene usted tres mujeres! —Y tirando del brazo de Dionisio, se lanzaron a cabalgar una polca.

—Te has acordado, ¿verdad? —exclamó Janampa—. ¡Aquella noche me emborraché! ¡Me emborraché como un caballo! No pude tomar el caldo... Pero al amanecer caminé hasta el acantilado.

Dionisio se limpió con el antebrazo un sudor frío. Hubiera querido aclarar las cosas. Decirle para qué lo había seguido aquella vez y qué cosa era lo que ahora pretendía. Pero tenía en la cabeza un nudo. Recordó atropelladamente otras cosas. Recordó, por ejemplo, que cuando se instaló en la playa para trabajar en la barca de Pascual, se encontró con Janampa, que hacía algunos meses que se dedicaba a la pesca.

—¡Nos volveremos a encontrar! —había dicho el pescador y, mirando a la *prieta* con los ojos oblicuos, añadió—: Tal vez juguemos de nuevo como en la construcción. Puedo recuperar lo perdido.

Él, entonces, no comprendió. Creyó que hablaba del póquer. Recién ahora parecía coger todo el sentido de la frase que, viniendo desde atrás, lo golpeó como una pedrada.

—¿Qué cosa me querías decir con eso del póquer? —preguntó animándose de un súbito coraje—. ¿Acaso te referías a ella?

—No sé lo que dices —replicó Janampa y, al ver que Dionisio se agitaba de impaciencia, preguntó—: ¿Estás nervioso?

Dionisio sintió una opresión en la garganta. Tal vez era el frío o el hambre. La mañana se había abierto como un

abanico. La *prieta* le había preguntado una noche, después que se cobijaron en la orilla:

—¿Conoces tú a Janampa? Vigílalo bien. A veces me da miedo. Me mira de una manera rara.

—¿Estás nervioso? —repitió Janampa—. ¿Por qué? Yo sólo he querido dar un paseo. He querido hacer un poco de ejercicio. De vez en cuando cae bien. Se toma el fresco...

La costa estaba aún muy lejos y era imposible llegar a nado. Dionisio pensó que no valía la pena echarse al agua. Además, ¿para qué? Janampa —ya caían gotas de mañana en su cara— estaba quieto, con las manos aferradas a los remos inmóviles.

—¿Lo has visto? —volvió a preguntar la *prieta* una noche—. Siempre ronda por acá cuando nos acostamos.

—¡Son ideas tuyas! —Entonces estaba ciego—. Lo conozco hace tiempo. Es charlatán pero tranquilo.

—Ustedes se acostaban temprano... —empezó Janampa—, y no apagaban el farol hasta la medianoche.

—Cuando se duerme con una mujer como la *prieta*... —replicó Dionisio y se dio cuenta que estaban hollando el terreno temido y que ya sería inútil andar con subterfugios.

—A veces las apariencias engañan —continuó Janampa— y las monedas son falsas.

—Pues te juro que la mía es de buena ley.

—¡De buena ley! —exclamó Janampa y lanzó una risotada.

Luego cogió la red por un extremo y de reojo observó a Dionisio, que miraba hacia atrás.

—No busques a los otros botes —dijo—. Han quedado muy lejos. ¡Janampa los ha dejado botados! —Y sacando un cuchillo, comenzó a cortar unas cuerdas que colgaban de la red.

—¿Y sigue rondando? —preguntó tiempo después a la *prieta*.

—No —dijo ella—. Ahora anda tras la sobrina de Pascual.

A él, sin embargo, no le pareció esto más que una treta para disimular. De noche sentía rodar piedras cerca de la barraca y al aguaitar a través de la cortina, vio a Janampa varias veces caminando por la orilla.

—¿Acaso buscabas erizos por la noche? —preguntó Dionisio.

Janampa cortó el último nudo y miró hacia la costa.

—¡Amanece! —dijo señalando el cielo. Luego de una pausa, añadió—: No; no buscaba nada. Tenía malos pensamientos, eso es todo. Pasé muchas noches sin dormir, pensando... Ya, sin embargo, todo se ha arreglado...

Dionisio lo miró a los ojos. Al fin podía verlos, cavados simétricamente sobre los pómulos duros. Parecían ojos de pescado o de lobo. «Janampa tiene ojos de máscara», había dicho una vez la *prieta*. Esa mañana, antes de embarcarse, también los había visto. Cuando forcejeaba con la *prieta* a la orilla de la barraca, algo lo había molestado. Mirando a su alrededor, sin soltar las adorables trenzas, divisó a Janampa apoyado en su barca, con los brazos cruzados sobre el pecho y la peluca rebelde salpicada de espuma. La fogata vecina le esparcía brochazos de luz amarilla y los ojos oblicuos lo miraban desde lejos con una mirada fastidiosa que era casi como una mano tercamente apoyada en él.

—Janampa nos mira —dijo entonces a la *prieta*.

—¡Qué importa! —replicó ella, golpeándole los lomos—. ¡Que mire todo lo que quiera! —Y prendiéndose de su cuello, lo hizo rodar sobre las piedras. En medio de la amorosa lucha, vio aún los ojos de Janampa y los vio aproxi-

marse decididamente.

Cuando lo tomó del brazo y le dijo: «Nos hacemos a la mar esta madrugada», él no pudo rehusar. Apenas tuvo tiempo de besar a la *prieta* entre los dos pechos.

—¡No tardes mucho! —había gritado ella, agitando la sartén del pescado.

¿Había temblado su voz? Recién ahora parecía notarlo. Su grito fue como una advertencia. ¿Por qué no se acogió a ella? Sin embargo, tal vez se podía hacer algo. Podría ponerse de rodillas, por ejemplo. Podría pactar una tregua. Podría, en todo caso, luchar... Elevando la cara, donde el miedo y la fatiga habían clavado ya sus zarpas, se encontró con el rostro curtido, inmutable, luminoso de Janampa. El sol naciente le ponía en la melena como una aureola de luz. Dionisio vio en ese detalle una coronación anticipada, una señal de triunfo. Bajando la cabeza, pensó que el azar lo había traicionado, que ya todo estaba perdido. Cuando sobre la construcción, a la hora del juego, le tocaba una mala mano, se retiraba sin protestar, diciendo: «Paso, no hay nada que hacer»...

—Ya me tienes aquí... —murmuró y quiso añadir algo más, hacer alguna broma cruel que le permitiera vivir esos momentos con alguna dignidad. Pero sólo balbuceó—: No hay nada que hacer...

Janampa se incorporó. Sucio de sudor y de sal, parecía un monstruo marino.

—Ahora echarás la red desde la popa —dijo y se la alcanzó.

Dionisio la tomó y, dándole la espalda a su rival, se echó sobre la popa. La red se fue extendiendo pesadamente en el mar. El trabajo era lento y penoso. Dionisio, recostado sobre el borde, pensaba en la costa que se hallaba muy le-

jos, en las barracas, en las fogatas, en las mujeres que se desperezaban, en la *prieta* que rehacía sus trenzas... Todo aquello se hallaba lejos, muy lejos; era imposible llegar a nado...

—¿Ya está bien? —preguntó sin volverse, extendiendo más la red.

—Todavía no —replicó Janampa a sus espaldas.

Dionisio hundió los brazos en el mar hasta los codos y sin apartar la mirada de la costa brumosa, dominado por una tristeza anónima que diríase no le pertenecía, quedó esperando resignadamente la hora de la puñalada.

París, 1954

MIENTRAS ARDE LA VELA

Mercedes tendió en el cordel la última sábana y con los brazos aún en alto quedó pensativa, mirando la luna. Luego fue caminando, muy despacito, hasta su habitación. En el candelero ardía la vela. Moisés con el pecho descubierto roncaba mirando el techo. En un rincón Panchito yacía ovillado como un gato. A pesar de encontrarse fatigada y con sueño no se acostó de inmediato. Sentándose en una banqueta quedó mirando ese cuadro que al influjo de la llama azul cobraba a veces un aire insustancial y falso.

—Me acostaré cuando termine de arder —pensó y se miró las manos agrietadas por la lejía. Luego su mirada se posó en su marido, en su hijo, en los viejos utensilios, en la miseria que se cocinaba silenciosamente bajo la débil luz. Había tranquilidad, sin embargo, un sosiego rural, como si el día cansado de vivir se hubiera remansado en un largo sueño. Unas horas antes, en cambio, la situación era tan distinta. Moisés yacía en la cama como ahora, pero estaba inconsciente. Cuando ella lavaba la ropa en el fondo del patio dos obreros lo trajeron cargado.

—¡Doña Mercedes! —gritaron ingresando al corralón—. ¡Moisés ha sufrido un accidente!

—Subió un poco mareado al andamio —añadieron tirándolo sobre la cama—. Y se vino de cabeza al suelo.

—Creí que se me iba... —murmuró Mercedes, observándolo cómo roncaba, ahora, los ojos entreabiertos.

Lejos de irse, sin embargo, regresó de su desmayo fácilmente, como de una siesta. Panchito, que a esa hora bai-

laba su trompo sobre el piso de tierra, lo miró asustado y ella se precipitó hacia él, para abrazarlo o insultarlo, no lo sabía bien. Pero Moisés la rechazó y sin decir palabra comenzó a dar vueltas por el cuarto.

«Estaba como loco», pensó Mercedes y miró nuevamente sus manos agrietadas por la lejía. Si pudiera abrir la verdulería no tendría que lavar jamás. Tras el mostrador, despachando a los clientes, no solamente descansaría, sino que adquiriría una especie de autoridad que ella sabría administrar con cierto despotismo. Se levantaría temprano para ir al mercado, además. Se acostaría temprano, también...

Moisés se volvió en la cama y abrió un ojo. Cambiando de posición volvió a quedarse dormido.

—¡Estaba como loco! —repitió Mercedes. En efecto aburrido de dar vueltas por el cuarto, dirigió un puntapié a Panchito que huyó hacia el patio chillando. Luego encendió un periódico a manera de antorcha y comenzó a dar de brincos con la intención de incendiar la casa.

—¡Luz, luz! —gritaba—. ¡Un poco de luz! ¡No veo nada! —y por el labio leporino le saltaba la baba. Ella tuvo que atacarlo. Cogiéndolo de la camisa le arrebató el periódico y le dio un empellón.

«Cómo sonó la cabeza», pensó Mercedes. Moisés quedó tendido en el suelo. Ella pisó el periódico hasta extinguir la última chispa y salió al patio a tomar un poco de aire. Atardecía. Cuando Ingresó de nuevo, Moisés seguía en el suelo sin cambiar de posición.

«¿Otra vez», pensó ella. «Ahora sí va de veras», y agachándose trató de reanimarlo. Pero Moisés seguía rígido y ni siquiera respiraba.

Un golpe de viento hizo temblar la llama. Mercedes la

miró. Lejos de apagarse, sin embargo, la llama creció se hizo ondulante, se enroscó en los objetos como un reptil. Había algo fascinador, de dañino en su reflejo. Mercedes apartó la vista. «Hasta que se apague no me acostaré», se dijo mirando el piso.

Allí, junto a las manchas oscuras de humedad, estaba la huella que dejó la cabeza. ¡Cómo sonó! Ni siquiera respiraba el pobre y además la baba le salía por el labio roto.

—¡Panchito! —chilló ella—. ¡Panchito! —y el rapaz apareció en el umbral transformado de susto—. ¡Panchito, mira a tu papá, muévelo, dile algo! —Panchito saltó al cuello de su papá y lo sacudió con sus sollozos. Al no encontrar respuesta se levantó y dijo con voz grave, casi indiferente: «No contesta» y se dirigió muy callado al rincón, a buscar su trompo.

Ahora dormía con el trompo en la mano y la guaraca enredada entre los dedos. Seguramente soñaba que bailaba un trompo luminoso en la explanada de una nube. Mercedes sonrió con ternura y volvió a observar sus manos. Estaban cuarteadas como las de un albañil que enyesara. Cuando instalara la verdulería las cuidaría mejor y, además, se llevaría a Panchito consigo. Ya estaba grandecito y razonaba bien.

—Vamos a ponerlo sobre la cama —le dijo a ella observando desde el rincón el cuerpo exánime de su padre.

Entre los dos lo cargaron y lo extendieron en la cama. Ella le cerró los ojos, gimió un poco, luego más, hasta que la atacó una verdadera desesperación.

—¿Qué hacemos, mamá? —preguntó Panchito.

—Espera —murmuró ella al fin—. Iré donde la señora Romelia. Ella me dirá.

Mercedes recordó que mientras atravesaba las calles la

invadió un gran sosiego. «Si alguien me viera —pensó— no podría adivinar que mi marido ha muerto». Estuvo pensando todo el camino en la verdulería, con una obstinación que le pareció injusta. Moisés no le quería dar el divorcio. «¡No seas terca, chola! —gritaba—. Yo te quiero, ¡palabra de honor!» Ahora que él no estaba —¿los muertos están acaso?—podría sacar sus ahorros y abrir la tienda. La señora Romelia, además, había aprobado la idea. Después de darle el pésame; y decirle que iba a llamar a la Asistencia Pública, le preguntó: «Y ahora, ¿qué vas a hacer?» Ella contestó: «Abrir una verdulería». «Buena idea —replicó la señora—. Con lo caras que están las legumbres».

Mercedes miró a Moisés que seguía roncando. Seguramente tenía sueños placenteros —una botella de pisco sin fondo— pues el labio leporino se retorcía en una mueca feliz «No podré abrir la tienda —se dijo—. Si él sabe lo de los ahorros se los bebe en menos de lo que canta un gallo».

La vela osciló nuevamente y Mercedes temió que se apagara, pues entonces tendría que acostarse. En la oscuridad no podía pensar tan bien como bajo ese reflejo triste que le daba a su espíritu una profundidad un poco perversa y sin embargo turbadora como un pecado. La señora Romelia, en cambio, no podía soportar esa luz. Cuando la acompañó hasta la casa para los menesteres del velorio, se asustó del pabilo más que del cadáver.

—¡Apaga eso! —dijo—. Pide un farol a tus vecinos.

Luego se aproximó a Moisés y lo miró como a un trasto. «Bebía mucho», dijo y se persignó. Los vecinos, que habían olido seguramente a muerto como los gallinazos, comenzaron a llegar. Entraban asustados, pero al mismo tiempo con ese raro contento que produce toda calamidad cercana y, sin embargo, ajena. Los hombres se precipitaron directa-

mente hacia el cadáver, las mujeres abrazaron a Mercedes y los chicos, a pesar de ser zurrados por sus padres, se empujaban en el umbral para huir espantados apenas veían el perfil del muerto.

Panchito se despertó. Al ver la luz encendida se volvió contra la pared. A Mercedes le provocó acariciarlo, pero se contuvo. Eran nuevamente las manos. Ásperas como la lija hacían daño cuando querían ser tiernas. Ella lo había notado horas antes, durante el velorio, cuando tocó la cara de su hijo. En medio del tumulto, Panchito era el único que permanecía apartado, mirando todo con incredulidad.

—¿Por qué hay tanta gente? —dijo al fin acercándose a ella—. Papá no está muerto.

—¿Qué dices? —exclamó Mercedes apretándole el cuello con una crueldad nerviosa.

—No. No está muerto... Cuando fuiste a buscar a doña Romelia conversé con él.

De una bofetada lo hizo retroceder.

«Estaba fuera de mí!», pensó Mercedes mordiéndose las yemas de los dedos. «¡Estaba fuera de mí!»

—¿Vivo? ¿Vivo? —preguntaron los asistentes—. ¿Quién dice que está vivo? ¿Es posible que esté vivo? ¡Está vivo! ¡Está vivo!

La voz se fue extendiendo, de pregunta se convirtió en afirmación, de afirmación en grito. Los hombres se la echaban unos a otros como si quisieran liberarse de ella. Hubo un movimiento general de sorpresa, pero al mismo tiempo de decepción. Y al influjo de aquella gritería Moisés abrió los ojos.

—¡Mercedes! —gritó. ¿Dónde te has metido, chola? ¡Dame un vaso de agua!

Mercedes sintió sed. Desperezándose sobre la banca se

acercó al jarro y bebió. La vela seguía ardiendo. Volvió a su sitio y bostezó. Los objetos se animaron nuevamente en su memoria. Allí, sobre la cama, Moisés se reía con su labio leporino rodeado de los vecinos que, en lugar de felicitarlo, parecían exigir de él alguna disculpa. Allá, en el rincón, Panchito cabizbajo se cogía la mejilla roja. Las mujeres murmuraban. Doña Romelia fruncía el ceño. Fue entonces cuando llegaron de la Asistencia Pública.

—¿Cómo me dijeron que había un muerto? —gritó el enfermero, después de haber tratado inútilmente de encontrar entre los concurrentes un cadáver.

«Parecía disfrazado», pensó Mercedes al recordarlo con su mandil blanco y su gorro sobre la oreja. «Y tenía las uñas sucias como un carnicero».

—En lugar de gritar —dijo doña Romelia— debería usted aprovechar para observar al enfermo.

El enfermero auscultó a Moisés que se reía de cosquillas. Parecía escuchar dentro de esa caja cosas asombrosas, pues su cara se iba retorciendo, como si le hubieran metido dentro de la boca un limón ácido.

«¡Que no beba, que no beba!», pensó Mercedes. «¡Claro!, eso también lo sabía yo».

—Ni un sólo trago —dijo el enfermero—. Tiene el corazón dilatado. A la próxima bomba revienta.

—Sí, a la próxima revienta —repitió Mercedes, recordando la bocina de la ambulancia, perdiéndose en la distancia, como una mala seña. Los perros habían ladrado.

El cuarto quedó vacío. Los hombres se fueron retirando de mala gana, con la conciencia vaga de haber sido engañados. El último se llevó su farol y se plació de ello, como de un acto de despojo. Hubo de encenderse nuevamente la vela. A su reflejo todo pareció poblarse de malos espíritus.

«Todavía me faltaban lavar algunas sábanas», pensó Mercedes y miró sus manos, como si le fuera necesario buscar en ellas alguna razón profunda. Habían perdido toda condición humana. «El enfermero a pesar de tenerlas sucias —pensó— las tenía más suaves que las mías». Con ellas clavó la inyección en la nalga de Moisés, diciendo:

—Ni una gota de alcohol. Ya lo sabe bien.

Doña Romelia también se marchó después de echar un pequeño sermón que Moisés recibió medio dormido. Panchito hizo bailar su trompo por última vez y cayó de fatiga. Todo quedó en silencio. Afuera, en la batea, dormían las sábanas sucias.

—¡No podré abrir la verdulería! —se dijo Mercedes con cierta cólera reprimida y se levantó. Abriendo la puerta del patio quedó mirando el cordel donde las sábanas, ya limpias, flotaban como fantasmas. A sus espaldas la vela ardía, se obstinaba en permanecer. «¿A qué hora se apagará? —murmuró con angustia—. Me caigo de sueño», y se acarició la frente. «Ni una gota de alcohol», el enfermero lo dijo con mucha seriedad, ahuecando la voz, para darle solemnidad a su advertencia.

Mercedes se volvió hacia el cuarto y cerró la puerta. Moisés dormía con el labio leporino suspendido de un sueño. Panchito roncaba con la guaraca enredada entre los dedos. Si ella durmiera a su vez, ¿con que estaría soñando? Tal vez con un inmenso depósito de verduras y unos guantes de goma para sus manos callosas. Soñaría también que Panchito se hacía hombre a su lado y se volvería cada vez más diferente a su padre.

La vela estaba a punto de extinguirse. Mercedes apoyó una rodilla en la banca y cruzó los brazos. Aún le quedaban unos segundos. Mientras tendía las sábanas había mirado la

luna, había tenido el primer estremecimiento. A la luz de la vela, en cambio, su corazón se había calmado, sus pensamientos se habían hecho luminosos y cortantes, como hojas de puñal. «Aún me queda tiempo», pensó y se aproximó a la canasta de ropa sucia. Sus manos se hundieron en ese mar de prendas ajenas y quedaron jugando con ellas, distraídamente, como si todavía le quedara una última duda. «¡Se apaga, se apaga!», murmuró mirando de reojo el candelero y sin podérselo explicar sintió unas ganas invencibles de llorar. Por último hundió los brazos hasta el fondo de la canasta. Sus dedos tocaron la curva fría del vidrio. Se incorporó y de puntillas se encaminó hasta la cama. Moisés dormía. Junto a su cabecera estaba la maleta de albañil. La botella de aguardiente fue colocada al lado del nivel, de la plomada, de las espátulas salpicadas de yeso. Luego se metió bajo las sábanas y abrazó a su marido. La vela se extinguió en ese momento sin exhalar un chasquido. Los malos espíritus se fueron y sólo quedó Mercedes, despierta, frotándose silenciosamente las manos, como si de pronto hubieran dejado ya de estar agrietadas.

París, 1953

EN LA COMISARÍA

Cuando el comisario abandonó el patio, entre los detenidos se elevó como un murmullo de conspiración. Inclinándose unos sobre otros, disimulando las bocas bajo las manos cóncavas, miraban torvamente al panadero, cuyo rostro había adquirido la palidez de un cuerpo inerte. Lentamente el murmullo fue decreciendo y en un momento inaprehensible, como el que separa la vigilia del sueño, el silencio apareció.

Martín sintió que a su rostro había subido un chorro de sangre. Sentía, además, sobre su perfil derecho, la mirada penetrante de Ricardo, visiblemente empeñada en descubrir sus pensamientos. A su oído llegó un susurro:

—Anímate, es tu oportunidad...

Martín, sin replicar, dirigió la mirada al centro del patio. El panadero seguía allí, en el fondo mismo del silencio. Sintiéndose atrapado por todas las miradas, acomodaba su ropa con movimientos convulsivos. Había anudado ya su corbata, había metido las puntas de su camisa bajo el pantalón y, sin atreverse a posar los ojos en un punto determinado, describía con su cabeza un lento semicírculo.

—Fíjate bien, es un pedacito de hombre... —continuó Ricardo rozándole la oreja—. No necesitarás ser muy brusco...

Martín se miró los puños, aquellos puños rojos y sarmentosos que en Surquillo habían dejado tantos malos recuerdos. Las últimas palabras del comisario repicaron en sus oídos: «Si alguno de los detenidos quiere salir no tiene

más que darle una paliza a este miserable».

—Le ha pegado a su mujer... —insistió Ricardo—. ¿Te parece poco? ¡Le ha dado una pateadura a su mujer!

—¡Estaba borracho! —repitió Martín sin desprender su mirada del panadero—. Cuando uno está borracho... —pero se interrumpió, porque él mismo no creía en sus palabras. Era evidente que trataba de defender una causa perdida.

—Quieres engañarte a ti mismo —dijo Ricardo.

Martín miró a su amigo, sorprendido de verse descubierto. Su pequeño rostro amarillo sonreía maliciosamente. En el fondo lo admiraba, admiraba su sagacidad, sus respuestas chispeantes, su manera optimista y despreocupada de vivir y era justamente por esta admiración que lo toleraba a su lado como a una especie de cerebro suplementario encargado de suministrarle ideas. Cuando en un grupo de amigos Martín era blanco de alguna broma, era Ricardo quien contestaba en nombre suyo o quien le soplaba al oído la respuesta. Ahora, sin embargo, su presencia le resultaba incómoda porque sabía que sus pensamientos eran contrarios y malignos.

—¡Te digo que estaba borracho! —repitió con un tono de falsa convicción y volvió a observar al panadero. Éste había metido las manos en los bolsillos, había fruncido los labios en un intento de silbido y con el rabillo del ojo espiaba el movimiento de los detenidos. Sobre su pómulo tenía la huella de un arañón.

—Su mujer se ha defendido —pensó Martín—. Le ha clavado las uñas en la cara. Él, en cambio, ha empleado los pies.

—¡Le he dado una patadita en la boca del estómago! —había replicado poco antes al comisario, tratando de justificarse. Había insistido mucho sobre el término «patadita»,

como si el hecho de emplear el diminutivo convirtiera su golpe en una caricia.

—¡Una patadita en la boca del estómago! —repitió Martín y recordó cómo eran de dolorosas esas patadas cuando la punta del zapato hendía la carne. Él, en sus incontables peleas, había dado y recibido golpes semejantes. Al influjo del dolor, los brazos caían sobre el vientre, las rodillas se doblaban, los dientes se incrustaban en los labios y la víctima quedaba indefensa para el golpe final.

—No necesitarás ser muy brusco... —prosiguió Ricardo—. Te bastará darle una patadita en...

—¿Te vas a callar? —interrumpió Martín, levantando el puño sobre su amigo. Éste se retiró lentamente y le miró a los ojos con una expresión picante, como si se aprestara a disparar su última flecha. Martín bajó la mano y sintió un estremecimiento. Una imagen, una cara, un cuerpo fresco y fugitivo pasaron por su memoria. Casi sintió contra su pecho velludo el contacto de una mano suave y en sus narices un fresco olor a mariscos. Ricardo iba abriendo los labios con una sonrisa victoriosa, como si todo le resultara perfectamente claro y Martín temió que esta vez también hubiera adivinado.

—Además... —empezó— además, acuérdate que a las doce, en el paradero del tranvía...

—¡Ya sé! —exclamó Martín, con un gesto de vencimiento. Era cierto: a las doce del día, en el paradero del tranvía, lo esperaba Luisa para ir a la playa. Recordó sus muslos de carne dorada y lisa donde él trazaba con las uñas extraños jeroglíficos. Recordó la arena caliente y sucia donde sus cuerpos semienterrados se dejaban mecer en un dulce cansancio.

—Hará calor hoy día —añadió Ricardo—. El agua debe

estar tibia...

Esta vez Martín no replicó. Pensaba que, efectivamente, el agua debía estar tibia, cargada de yodo y algas marinas. Sería muy bello sobrepasar a nado el espigón y llegar hasta los botes de los primeros pescadores. Luisa, desde la orilla, lo seguiría con la mirada y él, volviéndose, le haría una seña o daría un grito feroz como el de alguna deidad marina. Luego se echaría de espaldas y se dejaría arrastrar suavemente por la resaca. La luz del sol atravesaría sus párpados cerrados.

—¡Toma! —dijo Ricardo a su lado—. Allí hay uno que enterró el pico.

Martín despertó sobresaltado. En una esquina del patio, un joven, vestido de smoking, se había cogido la frente y vomitaba sobre el piso.

—Debe de haber chupado mucho —añadió Ricardo y al observar su camisa impecable, su elegante corbata de mariposa, agregó con cierto rencor: —¡Y después dice que él no tiene la culpa, que el hombre se le tiró a las ruedas!...

—Debe haber chupado mucho —repitió Martín maquinalmente, viendo la mancha viscosa extenderse en el suelo. Pronto ese desagradable olor de entrañas humanas, de secretos y complicados procesos digestivos, infestó el ambiente. Los detenidos que estaban a su lado se alejaron un poco. Martín, a pesar suyo, no podía aparcar la vista de ese sucio espectáculo. Una atracción morbosa, mezcla de asco y de curiosidad, lo retenía inmóvil. Era la misma atracción que sentía ante los animales muertos, los accidentes de tránsito, las heridas humanas...

—¿Tú crees que lo haya matado? —preguntó Ricardo—. El comisario dijo que lo habían llevado con conmoción cerebral.

—No sé —replicó Martín haciendo una mueca—. No me hables de eso —y, cubriéndose los ojos, comenzó a pensar nuevamente en Luisa. Si se enterara que estaba en la comisaría, que faltaría a la cita solamente por eso, no le diría nada, pero haría un mohín de fastidio y, sobre todo, tomaría aquellas represalias... Muchas veces lo había llamado al orden y él, en cierta forma, había obedecido. Hacía más de dos meses que no se disputaba con nadie...

—¿Me creerá Luisa? —preguntó súbitamente—. ¿Me creerá ella si le digo la verdad?

—¿Qué cosa?

—¿Me creerá si le digo que estuve en la comisaría solo por no pagar una cerveza?

—¿Se lo piensas decir?

—¿Y qué otra excusa le voy a dar si no llego a las doce al paradero?

—Ah, verdad, tú no vas a llegar.

Irritado, Martín miró a su amigo. Hubiera querido que dijera algo más, que lo contradijera, que excitara con sus réplicas su propio raciocinio. Pero Ricardo había encendido un cigarro y, con la mayor indiferencia del mundo, fumaba mirando el cuadrilátero de cielo azul por donde el sol empezaba a rodar. Martín miró también al cielo.

—Deben ser las once —murmuró Ricardo.

—Las once —repitió Martín y lentamente fue dirigiendo su cabeza al centro del patio. El panadero seguía allí. El color había regresado a su cara, sin embargo, aún seguía inmóvil, conteniendo la respiración, como si temiera hacer demasiado ostensible su presencia. El incidente del joven atacado de náuseas había distraído un poco la atención de los detenidos y él aprovechaba estos instantes para tirar aquí y allá una rápida mirada, como si tratara de reafirmar-

se en la idea de que el peligro había cesado. Su mirada se cruzó un segundo con la de Martín y en su mandíbula se produjo un leve temblor. Volviendo ligeramente el rostro, quedó mirándolo a hurtadillas.

—Es un cobarde —pensó Martin—. No se atreve a mirarme de frente —y se volvió hacia Ricardo con el ánimo de comunicarle esta reflexión. Pero Ricardo seguía distraído, fumando su cigarrillo. El mal olor comenzaba a infestar el patio.

—¡Es insoportable! —exclamó Martín—. ¡Debían tirar allí un baldazo de agua!

—¿Para qué? Se está bien aquí. Yo estoy encantado. Es un lindo domingo.

—¡Lindo domingo!

—¿No te parece? Yo no sé qué haría si estuviera en la calle. Tendría que ir a la playa... ¡Qué aburrimiento! Trepar a los tranvías repletos, después la arena toda sucia...

Martín miró desconcertado a su amigo. No sabía exactamente adónde quería ir, pero sospechaba que sus intenciones eran temibles. En su cerebro se produjo una gran confusión.

—¡Idiota! —murmuró y observó sus puños cuyos nudillos estaban cruzados de cicatrices. En esa parte de sus manos y no en las palmas estaba escrita toda su historia. Lo primero que le exigía Luisa cuando se encontraba con él era que le mostrara sus puños, porque sabía que ellos no mentían. Allí estaba, por ejemplo, aquella cicatriz en forma de cruz que le dejaran las muelas del negro Mundo. Esa noche, precisamente, para huir de la Policía que se aproximaba, se refugió en el baño del bar Santa Rosa. Luisa, que trabajaba tras el mostrador, vino hacia él y le curó la herida.

—¿Cómo te has metido con ese negro? —le preguntó—.

¡Yo he tenido miedo, Martín! —él la miró a los ojos, sorprendió en ellos una chispa de ansiedad y comprendió, entonces, que lo admiraba y que algún día sería capaz de amarlo.

Un sordo suspiro se escapó de su tórax. Al elevar la mirada hacia el patio, se dio cuenta de que el panadero lo había estado espiando y que en ese momento pretendía hacerse el disimulado.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó dando un codazo a Ricardo—. ¡Hace rato que me está mirando!

—No sé, no he visto nada.

—Pues te juro que no me quita el ojo de encima —añadió Martín y una especie de cólera dormida iluminó sus pupilas. Vio las piernas cortas y arqueadas del panadero —probablemente de tanto pedalear en el triciclo—, su espinazo encorvado, su cutis curtido como la costra del pan. Pensó lo fácil que sería liquidar a un adversario de esa calaña. Bastaba acorralarlo contra la pared, quitarle el radio de acción y, una vez fijado, aplastarlo de un golpe vertical... La sangre inundó nuevamente su rostro y, muy dentro de él en una zona indeterminada que él nunca podía escrutar, sintió como una naciente ansiedad.

—¿Tú crees que Luisa me espere? —preguntó sin poder contener su excitación.

—No sé.

—¡No sé, no sé, no sabes nada! —exclamó y buscó inútilmente en sus bolsillos un cigarrillo. El mal olor se había condensado en el aire caliente. El sol entraba a raudales por el techo descubierto. Martín sintió que en su frente aparecían las primeras gotas de sudor y que todo comenzaba a tomar un aspecto particularmente desagradable. Cosas que hasta el momento no había observado —la dureza de las

bancas, el color amarillo de las paredes, la sordidez de la compañía le parecían ahora hostiles e insoportables. En la playa, en cambio, todo sería distinto. Enterrado de bruces sentiría un hilillo de arena, excitante como una caricia, que Luisa le derramaría en la espalda. Las carpas rojas y blancas, blancas y azules, pondrían alternadamente su nota festiva. Bocanadas de aire caliente llegarían por intermitencias y a veces traerían un olor a yodo y pescado...

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó—. ¡Te juro que no puede seguir así! —y, al elevar la cara, sorprendió nuevamente la mirada del panadero—. ¿Qué tanto me mira ese imbécil?

El sudor le anegaba los ojos. La sangre, esa sangre cargada de hastío y de cólera, le cortaba el aliento. Ricardo lo miró con cierta perplejidad, casi sorprendido de que tan pronto sus humores se hubieran despertado y en sus labios pálidos se fue abriendo una sonrisa.

—A lo mejor cree... —comentó.

—...¿que le tenemos miedo? —terminó Martín y en su conciencia se produjo como una ruptura—. ¿Que le tenemos miedo? —repitió—. ¡Eso no! —y se levantó de un salto—. ¡Esto se acabó!

Ricardo trató de contenerlo, pero fue imposible. Cuando el panadero se volvió, encontró a Martín delante de él, con los brazos caídos, la respiración jadeante, mirándolo a boca de jarro.

—¿Tú crees que te tenemos miedo? —bramó—. ¡Hace rato que me miras de través, como un tramboyo! —y, sin atender al balbuceo de su rival, se dirigió hacia el corredor donde montaba guardia un policía.

—Dígale al comisario que aquí hay un voluntario dispuesto a sacarle la mugre a este cochino...

Después de un minuto de silencio, durante el cual Martín se frotó nerviosamente los puños, en el patio se produjo una gran agitación. Las bancas fueron arrimadas contra la pared, los presos formaron como un *ring* improvisado y pronto el comisario apareció con sus botas relucientes y una sonrisa enorme bajo el bigote oscuro, como quien se dispone a presenciar un espectáculo divertido. El panadero, completamente lívido, había retrocedido hasta un rincón y aún no podía articular palabra. Martín se había quitado ya el saco, había levantado las mangas de su camisa y en sus mandíbulas apretadas se adivinaba una resolución indomable. Ricardo reía con un aire malévolo y el joven del esmoquin se desgañitaba pidiendo una taza de café.

—Pero, entonces..., ¿es cierto? —pudo al fin articular el panadero.

En el patio se elevó un murmullo de impaciencia y de chacota por esta salida.

—¡Claro, maricón!

—¡Que salga a la cancha!

Entre dos detenidos lo cogieron por la cintura y lo lanzaron al centro del patio. Martín, en un extremo, tenía los puños apretados y solo esperaba las órdenes del comisario para comenzar. A veces se limpiaba el sudor con el antebrazo, y lanzaba una rápida mirada hacia el sol, como si de él recibiera en ese momento su fuerza y su aprobación.

El panadero se despojó de su sombrero y de su saco. Pasando el límite físico del miedo, una decisión insospechada —la misma que deben de sentir los suicidas— transfiguró sus rasgos y sin esperar órdenes de nadie comenzó a danzar en torno de Martín, dando ágiles saltos delante y atrás, como quien se decide y luego se arrepiente. Martín, sólidamente asentado en el piso, medía a su adversario y

solo esperaba que entrara dentro de su radio de acción para fulminarlo de un golpe. El panadero gastaba sus energías en el preámbulo y Martín comenzaba a sentir un poco de impaciencia, porque se daba cuenta de que su entusiasmo decaía y que había algo de grotesco en toda esa escena. Fijando su mirada en el panadero, trató de alentarlo, trató de convencerlo que se aproximara, que todo se arreglaría rápidamente, que aquello era una simple formalidad administrativa. Y su deseo pareció surtir efecto, pues en el momento menos pensado, cuando entre los espectadores comenzaban a sentirse algunas risas, se vio arrinconado contra la pared y envuelto en una desusada variedad de golpes —patadas, cabezazos, arañones— como si su pequeño rival hubiera sido disparado con una horqueta. Con gran esfuerzo logró desprenderse de él. En el labio sentía un dolor. Al palparse vio sus dedos manchados de sangre. Entonces todo se oscureció. Lo último que recordó fue la cara del panadero con los ojos desorbitados, retrocediendo contra la banca y tres puñetazos consecutivos que él proyectó contra esa máscara blanca, entre una lluvia de protestas y de aplausos.

Luego vinieron los abrazos, los insultos, la sucesión de rostros asustados o radiantes, las preguntas, las respuestas... El comisario le invitó a un café en su oficina y antes de despedirse le palmeó amigablemente la espalda.

Como quien despierta de un sueño, se vio de pronto libre, en la calle, en el centro mismo de su domingo bajo un sol rabioso que tostaba la ciudad. Adoptando un ligero trote, comenzó a enfilar rectamente hacia el paradero del tranvía. El ritmo de su carrera, sin embargo, fue decreciendo. Pronto abandonó el trote por el paso, el paso por el paseo. Antes de llegar se arrastraba casi como un viejo. Luisa,

sobre la plataforma del paradero, agitaba su bolsa de baño. Martín se miró los puños, donde dos nuevas cicatrices habían aparecido y, avergonzado, se metió las manos en los bolsillos, como un colegial que quiere ocultar ante su maestro las manchas de tinta.

París, 1954

LA TELA DE ARAÑA

Cuando María quedó sola en el cuarto, una vez que hubo partido Justa, sintió un extraño sentimiento de libertad. Le pareció que el mundo se dilataba, que las cosas se volvían repentinamente bellas y que su mismo pasado, observado desde este ángulo nuevo, era tan solo un mal sueño pasajero. Ya a las diez de la noche, al salir sigilosamente de la casa de su patrona, con su bulto de ropa bajo el brazo, adivinó que un momento de expansión se avecinaba. Luego en el taxi, con Justa a su lado que canturreaba, permaneció muda y absorta, embriagada por la aventura. Pero era solo ahora, al encontrarse en esa habitación perdida, ignorada de todo el mundo, cuando tomó conciencia de su inmensa libertad.

Ella duraría poco, sin embargo, tal vez dos o tres días, hasta que encontrara un nuevo trabajo. Felipe Santos, su protector, se lo había prometido. Ella no conocía, no obstante, a ese Felipe Santos del cual oyera hablar a Justa, sirvienta de la casa vecina.

—Esta noche vendrá a verte —había dicho Justa antes de salir—. Este cuarto es de un hermano suyo que es policía y que está de servicio. Aquí estarás tú hasta que te consiga nuevo trabajo.

—Aquí viviré yo —se dijo María y observó el cuarto que parecía abrazarla con sus paredes blancas. Había una cama, un espejo colgado en la pared, un cajón a manera de velador y una silla. Es cierto que en casa de doña Gertrudis se encontraba más cómoda y tenía hasta armario con percha. Pero, en cambio, aquí carecía de obligaciones. Y esto

era ya suficiente.

—Mañana —pensó— cuando llegue el carro de la basura, doña Gertrudis se dará cuenta que me he escapado — y se deleitó con esta idea, como de una broma que su antigua patrona nunca le perdonaría.

Abriendo su bolsa, sacó su peine y comenzó a arreglarse el cabello frente al espejo.

—Es necesario que Felipe Santos me encuentre decente —pensó—. Así dirá que soy capaz de trabajar en buena residencia, con autos y televisión.

Su rostro redondo como una calabaza apareció ligeramente rosado en el espejo. Era la emoción, sin duda. Un fino bozo le orillaba el labio abultado, aquel labio que el niño Raúl tantas veces se obstinara en besar con los suyos incoloros y secos.

—Acá el niño Raúl nunca te encontrará —había añadido Justa antes de salir, como si se empeñara en darle el máximo de garantías—. Por ese lado puedes estar segura.

—¿Y si me encontrara? —se preguntó María e inconscientemente miró la puerta, donde el grueso cerrojo aparecía corrido.

—Te seguiré donde te vayas —le había jurado él una noche, acorralándola contra el lavadero, como si presintiera que algún día habría de fugarse.

—El muy desgraciado, con su facha de tísico —pensó María y continuó arreglando su pelo negro y revuelto. Detrás del espejo surgió una araña de largas patas. Dio un ligero paseo por la pared y regresó a su refugio.

—El niño Raúl era aficionado a las arañas —recordó de inmediato María. Conduciéndola al jardín, la obligaba a sostenerle la escalera, mientras él espiaba las copas de los cipreses. Él mismo siempre le pareció como una especie de

araña enorme, con sus largas piernas y su siniestra manera de acecharla desde los rincones. Ya había oído hablar de él en casa del negro Julio, adonde llegara de Nazca con una carta de recomendación. El negro Julio no quería que trabajara.

—Todavía está muy pichona —decía mirándola compasivamente.

Pero su mujer, una zamba gorda y revoltosa que había dado doce criaturas al mundo, chillaba:

—¿Pichona? Yo he trabajado desde los doce años y ella tiene ya dieciséis. Habrá que meterla de sirvienta por algún lado.

Y así de la noche a la mañana, se encontró trabajando en casa de doña Gertrudis. Fue precisamente el día que ingresó, después del almuerzo, cuando vio al niño Raúl. Ella se encontraba fregando el piso de la cocina, cuando llegó de la calle.

—Me miró de reojo —pensó María— y ni siquiera me contestó el saludo.

Bruscamente se distrajo. En la puerta sonaban tres golpes nítidos.

—¿Será Felipe Santos? —se preguntó y después de mirarse en el espejo, avanzó con sigilo hasta la puerta.

—¡Soy yo, Justa! —gritó una voz al otro lado—. ¡Me había olvidado de decirte algunas cosas!

María abrió la puerta y la chola Justa entró contoneando sus caderas escurridas.

—Me he regresado desde el paradero porque me olvidé de decirte que Felipe tal vez demore un poco. Él tiene que estar hasta tarde en la panadería, de modo que tienes que esperarlo. Dale las gracias y dile además que sabes cocinar. Así es más fácil que te consiga trabajo. Otra cosa: aquí en la

esquina hay una pulpería. Si te da hambre, puedes comprar un pan con mortadela. Pero apúrate, que a las once cierra.

María quedó nuevamente sola. Observó su cabellera en el espejo. El niño Raúl se acercaba a la ventana para verla peinarse.

—¡Váyase de aquí! —gritaba ella—. ¡Su mamá lo puede ver!

—¡Qué me importa! Me gusta verte peinar. Tienes un lindo pelo. Deberías hacerte moño.

Por la noche, cuando ella iba al fondo del jardín a tender la ropa, de nuevo la abordaba.

—Pero, ¿es que usted no tiene nada que hacer?

—¡Qué te importa a ti eso!

—Debería estudiar...

—¡Quiero estar a tu lado!

Cuando Justa, a quien conociera una mañana mientras barría la vereda, se enteró de esto, se echó a reír.

—¡Así son todos, unos vivos! ¡Creen que somos qué cosa! A mí también, en una casa que trabajé, había uno que me perseguía día y noche, hasta que le di su zape. Lo mejor es no hacerles caso. Al fin se aburren y se van con su música a otra parte.

La araña salió de su refugio y comenzó a recorrer la pared. María la vio aproximarse al techo. Allí se detuvo y comenzó a frotar sus patas, una contra otra, como sorprendida por un mal pensamiento.

Acercándose a su bolsa, María extrajo alguna ropa y la fue extendiendo sobre la cama. Sus vestidos estaban arrugados y además olían a cosas viejas, a días que ella no quería recordar. Allí estaba esa falda a cuadros que ella misma se cosió y ese saco rosado, obsequio de doña Gertrudis. Cuando se lo ceñía al talle los hombres la miraban por la

calle y hasta el chino de la pulpería, que parecía asexuado, la piropeaba. Raúl, por su parte, se aferraba a este detalle para abrumarla de frases ardientes.

—Te queda mejor que a mis hermanas. Yo te podría regalar muchos como ese.

—Usted es un sinvergüenza. ¡Métase con sus iguales!

—¡Lo mejor es no hacerles caso! —recordó María el consejo de Justa. La indiferencia era aún más peligrosa, sin embargo, pues era considerada como un asentamiento tácito. Cada día la cosa empeoraba. A los dos meses, su vida se hizo insoportable.

—¡Desde las siete de la mañana! —exclamó María, estrujando su ropa entre las manos, como si quisiera ejercer sobre ella una represalia impersonal y tardía.

En efecto, a las siete de la mañana, hora en que se levantaba para sacar el cubo de basura, el niño Raúl estaba ya de pie. A esa hora doña Gertrudis se encontraba en misa y las hermanas aún dormían. Aprovechando esa momentánea soledad, Raúl intentaba pasar de la palabra a la acción.

—¡Lo voy a acusar a su mamá! —gritaba ella hundiéndole las uñas. La cocina fría fue escenario de muchos combates. Estos terminaban generalmente cuando una silla derrumbada sobre el piso amenazaba con despertar a las hermanas. Raúl huía como un sátiro vencido, chupándose la sangre de los arañones.

—¡Caramba! —exclamó Justa al enterarse de estas escenas, con una sorpresa que provenía más de las resistencia de María que de la tenacidad de Raúl—. Esto anda mal. Si sigue así, tendrás que acusarlo a su mamá.

María sintió un cosquilleo en el estómago. Debían ser ya las once de la noche y la pulpería estaría cerrada. Por un momento decidió salir a la calle y buscar alguna chingana

abierta. Pero ese barrio desconocido le inspiraba recelo. Había pasado en el taxi por un bosque, luego por una avenida de altos árboles, después se internó por calles rectas, donde las casas de una abrumadora uniformidad no podían albergar otra cosa que existencias mediocres. El centro de la ciudad no debía encontrarse lejos, pues contra la baja neblina había divisado reflejos de avisos luminosos.

—Aguardaré hasta mañana —se dijo y bostezando se sentó al borde de la cama. La araña seguía inmóvil junto al techo. Cerca del foco, una mariposa gris revoloteaba en grandes círculos concéntricos. A veces se estrellaba contra el cielo raso con un golpe seco. Parecía beber la luz a grandes borbotones.

—Sí, no hay más remedio —le había dicho Justa, cuando ella le confió un día que el niño Raúl la había amenazado con entrar a su cuarto por la noche—. Acúsalo a su mamá.

Doña Gertrudis recibió la noticia sin inmutarse. Parecía acostumbrada a este tipo de quejas.

—Regresa a tu trabajo. Ya veré yo.

Algo conversaría con el niño Raúl, pues este permaneció una semana ignorándola por completo.

—Ni siquiera me miraba —recordó María—. Pasaba por mi lado silbando, como si yo fuera un mueble.

En la puerta se escucharon unos golpes apresurados. María sintió un sobresalto. ¿Otra vez? ¿Sería Felipe Santos? Sin moverse, preguntó tímidamente:

—¿Quién?

Por toda respuesta se escucharon unos golpes. Luego una voz exclamó:

—¡Tomás! ¿Estás allí?

María se aproximó y pegó el oído.

—¡Abre, Tomás!

—Acá no hay ningún Tomás.

—¿Quién eres tú?

—Yo estoy esperando a Felipe Santos.

—Bueno, pues, si viene Tomás le dirás que vino Romualdo para invitarlo a una fiesta.

Los pasos se alejaron. El incidente no tenía mayor importancia, pero María se sintió inquieta, como si la seguridad de su refugio hubiera sufrido una primera violación. Volviéndose lentamente, quedó apoyada en la puerta. Deseaba con urgencia que su protector llegara. Quería preguntarle quién era ese Tomás y por qué venían extraños a tocarle la puerta. Las paredes del cuarto le parecieron revestidas de una espantosa palidez.

La excitación y el cansancio la condujeron a la cama. Le provocó apagar la luz pero un instinto oscuro le advirtió que era mejor permanecer con la luz encendida. Una inseguridad sin consistencia, surgida de mil motivos secundarios (la araña, el bosque que atravesara, el dondoneo de una guitarra que llegaba desde una habitación lejana), fue atravesándola de parte en parte. Solo ahora le pareció comprender que lo que ella tomó al principio por libertad no era en el fondo sino un enorme desamparo. En casa de doña Gertrudis, al menos, se sentía acompañada.

—¿Y cómo van tus asuntos? —preguntó Justa, tiempo después.

—Ayer empezó otra vez —replicó María—. Mientras tendía la ropa, quiso abrazarme. Yo pegué un grito y él casi me da una cachetada.

La araña comenzó a caminar oblicuamente hacia el foco de luz. A veces se detenía y cambiaba de rumbo. Parecía atormentada por una gran duda.

—Pues entonces hablaré con Felipe Santos —dijo Justa.

—Fue la primera vez que oí hablar de él —pensó María.

—Es un amigo mío que vive a la vuelta —aclaró Justa—. Tiene una panadería y es muy bueno. Él te podrá conseguir trabajo.

Esta sola promesa hizo su vida más llevadera y le permitió soportar con alguna ligereza el asedio del niño Raúl. A veces se complacía incluso en bromear con él, en darle ciertas esperanzas, con la seguridad de que al no cumplirlas ejercería una represalia digna de los riesgos que corría.

—Así me gusta que te rías —decía Raúl—. Ya te darás cuenta que conmigo no perderás el tiempo.

Y ella, con alguna tonta promesa, en el fondo de la cual ponía el más refinado cálculo, lo mantenía a cierta distancia, mientras se aproximaba la fecha de su partida.

—Ya hablé con Felipe —dijo una tarde Justa—. Dice que te puede ayudar. Dice además que te conoce.

—Me vería pasar cuando iba a la pulpería —pensó María—. ¡Qué raro que no lo haya visto!

—¿Y hasta cuándo te voy a esperar? —la increpó un día Raúl—. Ayer estuve en el jardín hasta las once y tú… nada.

—El viernes por la noche —aseguró María—. De verdad no lo engaño. Esta vez no faltaré.

Justa le había dicho esa misma mañana:

—Ya está todo arreglado. Felipe dice que te puede conseguir trabajo. El jueves por la noche saldrás con tus cosas sin decir nada a doña Gertrudis. Él tiene un cuarto desocupado en Jesús María, donde puedes estar hasta que se te avise.

El jueves por la noche hizo un bulto con su ropa y, cuando todos dormían, salió por la puerta falsa. Justa la esperaba para conducirla al cuarto. Tomaron un taxi.

—Felipe me dio una libra para el carro —dijo—. Me regresaré en ómnibus para economizar.

Ella no contestó. La aventura la tenía trastornada. Al abandonar su barrio le pareció que los malos días quedaban enterrados para siempre, que una vida expansiva, sin obligaciones ni mandados ni diarias refriegas en la cocina blanca, se abría delante de ella. Atravesó un bosque, una avenida de altos árboles, casas uniformes y sórdidas, hasta ese pequeño cuarto donde la intimidad había sido para ella una primera revelación.

En pocos minutos, sin embargo, su optimismo había decaído. Algo ocurría muy dentro suyo: pequeños desplazamientos de imágenes, lento juego de sospechas. Un agudo malestar la obligó a sentarse en el borde de la cama y a espiar los objetos que la rodeaban, como si ellos le tuvieran reservada una sorpresa maligna. La araña había regresado a su esquina. Aguzando la vista descubrió que había tejido una tela, una tela enorme y bella, como una obra de mantelería.

La espera sobre todo le producía una desazón creciente. Trató por un momento de refugiarse en algún recuerdo agradable, de cribar todo su pasado hasta encontrar un punto de apoyo. Pensó con vehemencia en sus días en Nazca, en su padre a quien jamás conoció, en su madre que la enviaba a la plaza a vender el pescado, en su viaje a Lima en el techo de un camión, en el negro Julio, en la casa de doña Gertrudis, en la chola Justa contoneando sus caderas escurridas, en ese Felipe Santos que nunca terminaba de llegar... Solamente en este último su pensamiento se detuvo, como fatigado de esa búsqueda infructuosa. Era el único en quien podía confiar, el único que podía ofrecerle amparo en aquella ciudad para ella extraña, bajo cuyo cielo, teñido de luces

rojas y azules, las calles se entrecruzaban como la tela de una gigantesca araña.

La puerta sonó por tercera vez y ahora no le cupo duda a María que se trataba de su protector. Delante del espejo se acomodó rápidamente sus cabellos y corrió hacia el cerrojo.

En la penumbra del callejón apareció un hombre que la miraba sin decir palabra. María retrocedió unos pasos.

—Yo soy Felipe Santos —dijo al fin el hombre y entrando en la habitación cerró la puerta. María pudo observar su rostro de cincuentón y sus pupilas tenazmente fijas en ella, a través de los párpados hinchados y caídos.

—Yo te conozco —prosiguió el hombre aproximándose—. Te veía pasar cuando ibas a la pulpería... —y llegó tan cerca de ella que sintió su respiración pesada abrazándole el rostro.

—¿Qué quiere usted?

—Yo quiero ayudarte —respondió él sin retroceder, arrastrando las palabras—. Desde que te vi pensé en ayudarte. Eres muy pequeña aún. Quiero ser como tu padre...

María no supo qué responder. Miró hacia la puerta cuyo cerrojo estaba corrido. Detrás de ella quedaba la ciudad con sus luces rojas y azules. Si franqueaba la puerta, ¿adónde podría ir? En Justa ya no tenía fe y la niebla debía haber descendido.

—¿No quieres que te ayude? —prosiguió Felipe— ¿Por qué no quieres? Yo soy bueno. Tengo una panadería, ya te lo habrá dicho Justa. Fíjate: hasta te he traído un regalito. Una cadenita con su medalla. Es de una virgen muy milagrosa, ¿sabes? Mírala qué linda es. Te la pondré para que veas qué bien te queda.

María levantó el mentón lentamente, sin ofrecer resis-

tencia. Había en su gesto una rara pasividad. Pronto sintió en su cuello el contacto de aquella mano envejecida. Entonces se dio cuenta, sin ningún raciocinio, que su vuelo había terminado y que esa cadena, antes que un obsequio, era como un cepo que la unía a un destino que ella nunca buscó.

París 1953

EL PRIMER PASO

Danilo pensó que si su madre no hubiera muerto, que si no fuera por esa riña donde perdió los dientes, que si no tuviera un solo terno verde, no tendría que estarse a esa hora en el bar, con el ojo clavado en el reloj de péndulo y el espíritu torturado por la espera. Pero a causa de todo ello, horas más tarde estaría instalado en un ómnibus, rumbo al norte del país, recostado en el hombro de Estrella. El arenal se divisaría desde la ventana, amarillo e interminable, como un paisaje lunar. Todo eso iba a suceder. Parecía mentira. Iba a suceder porque había perdido los dientes en una riña, porque Panchito lo había descubierto rondando sin un cobre por el billar.

Su consentimiento le había costado al principio un poco de esfuerzo. Panchito lo había acosado día y noche, hasta liquidar todos sus escrúpulos. Su resistencia primitiva, sin embargo, no provenía de ninguna razón moral. Al fin y al cabo para él los *demás* no tenían ninguna importancia. Él estaba acostumbrado a salir disparado de los taxis para no pagar la tarifa, a echarse un paquete de mantequilla al bolsillo cuando el chino de la pulpería volvía la espalda. Perjudicar al prójimo a base de astucia —hacer una *criollada,* como él decía— jamás le había producido el menor remordimiento. Por el contrario, le proporcionaba un regocijo secreto que él nunca pudo ocultar. Ahora, sin embargo, la empresa era más vasta, los riesgos mayores, las víctimas numerosas y anónimas. Era necesario obrar con la más absoluta cautela.

Danilo observó a su alrededor, como si creyera que la temeridad de sus pensamientos fuera a crearle una expresión sospechosa. Aquel bar era discreto, para tranquilidad suya. En las mesas vecinas, grupos de empleados jugaban ruidosamente al cacho, alargando con una alegría un poco pueril las delicias de su noche de sábado. Desde el fondo llegaba una discusión sobre fútbol. En el mostrador, dos hombres reían bebiendo cerveza. El ruido de los dados y el estrépito de los brindis creaban una atmósfera un poco agitada, pero burguesa en el fondo y tolerable. Danilo se sintió bien allí, amparado por esa pacífica compañía, cuya sola preocupación en ese momento era el temor de pagar la cuenta o la angustia de que su equipo descendiera de categoría.

En el espejo del fondo observó su rostro redondo y desteñido. Estrella, acariciándolo, le decía a veces que tenía cara de bebé. Por toda barba tenía cuatro pelos de lampiño. Era en suma un rostro que inspiraba confianza. Danilo pensó que ello sería una ventaja enorme. Precisamente Panchito había insistido en ese detalle para convencerlo.

—Además —decía poniéndole el dedo en la barbilla—, tú tienes cara de mosca muerta.

Danilo sonrió y metió la lengua en su copa de pisco. Había pedido una buena marca, porque Panchito pagaría. Panchito siempre pagaba. Nunca le faltaban en los bolsillos unos buenos cientos de soles. Además se vestía bien, envolvía su cuerpo raquítico y magro en los mejores cortes ingleses.

—Tú sabes, la presencia… —decía acomodándose la corbata—. La presencia sirve de mucho en los negocios.

Él también podría al fin quitarse ese espantoso terno verde. La falta de ropa le había causado siempre sinsabores.

Fiestas a las que no pudo ir, muchachas a las que jamás volvió a ver, porque, mientras él les hablaba, ellas no desprendían la mirada del cuello mugriento de su camisa. Todas esas miserias iban a terminar aquella noche —Panchito lo había citado a las tres de la madrugada— cuando cumpliera la comisión. Los beneficios que obtendría no eran, por otra parte, el único incentivo de esta aventura. La aventura en sí misma, con todos los peligros imprevisibles que entrañaba, le producía una suerte de obsesión. Se veía ya viajando de incógnito, conociendo ciudades lejanas, entrevistándose con personas desconocidas, elevando la realidad a la altura de su imaginación.

Un dado, escapándose de su cubilete, rodó bajo su mesa. Danilo dudó un momento antes de recogerlo. Le molestaba hacer un servicio, porque la gratitud ajena le parecía ofensiva. Por fin se decidió y lo tomó entre los dedos. Era un as. Inmediatamente interpretó el incidente como un buen augurio. Era un viejo hábito suyo el tratar de sorprender en los objetos que lo rodeaban los misterios del destino. A veces la sugerencia de un número, las letras de un aviso luminoso y la dirección que seguía una piedra al recibir una patada eran para él argumentos más convincentes que cualquier raciocinio. Ese as caído milagrosamente a sus pies era más que un signo de aliento: era la complicidad del azar. Danilo deseó que Panchito estuviera en ese momento a su lado para decirle que contara siempre con él, que trabajaría ciegamente a su servicio. Pero Panchito tardaba, tardaba como siempre. Para colmo de males, si no venía, se iba a ver en apuros para pagar su copa de pisco.

Danilo volvió a mirar a su alrededor. Los empleados continuaban jugando a los dados; los hombres del mostrador, bebiendo cerveza. Sus hábitos moderados, su alegría

mediocre y hebdomadaria, comenzaban a producirle irritación. En el fondo los despreciaba porque carecían de espíritu de revuelta, porque se habían habituado a los horarios fijos y a las vacaciones reglamentadas. En sus gestos, en su vocabulario, en sus bigotes, había ya como una deformación profesional. Recordó casi con júbilo que él nunca había durado más de dos meses en un empleo. Prefirió siempre la libertad con todas sus privaciones y todos sus problemas. Ser libre —que consistía para él en husmear por los cafés y por los billares buscando un conocido que le convidara un cigarro o le prestara cinco soles— era una de sus ocupaciones favoritas y una de sus grandes tareas. En ellas había puesto lo mejor de su talento.

El reloj marcó las tres y media y Danilo temió que Estrella se marchara o, peor aún, se comprometiera con algún cliente. Él le había recomendado que esa noche no saliera del bar y que esperara su llamada, pues tenía algo importante que comunicarle. Estuvo a punto de decirle: «Espérame lista, que saldremos de viaje». Pero quizá fue mejor no adelantar nada. Panchito le había recomendado discreción. «No hay que meter a las mujeres en la danza», era el consejo que siempre tenía a flor de labios.

Estrella, sin embargo, no era una mujer como las otras. Para empezar, era fea, lo cual equivalía casi a una garantía de fidelidad. Panchito le había dicho que cómo podía estar enamorado de ese «bagre». Pero ¿acaso él estaba enamorado? Ya muchas veces había pensado en eso. Era algo distinto, indudablemente, algo primitivo y violento, más poderoso quizá que el mismo amor. Una atracción morbosa, por momentos humillante, que desaparecía o se redoblaba, según las fluctuaciones de su instinto. El marco de la casa de doña Perla, por otra parte, con sus borrachos, su olor a

desinfectante, sus biombos, sus litografías de la Virgen alternando con figuras obscenas, era el más adecuado para la naturaleza de su pasión. Danilo pensó por un momento cómo sería Estrella fuera de ese lugar, si no perdería algo de su vitalidad al ser trasplantada.

En ese momento la puerta del bar giró y apareció Panchito. Llevaba un impermeable, a pesar de que no llovía, y un sombrero gris tirado sobre la oreja. Sentándose frente a Danilo, puso sobre la mesa un paquete de Lucky.

—¡Qué lío! —exclamó—. El trabajo aumenta. No tengo un minuto de descanso.

Danilo lo observó. Vio cómo sus ojos, bajo el ala del sombrero, repasaban el bar, con movimientos rápidos y seguros. En el anular tenía una espesa sortija de oro. Danilo miró su mano pequeña y curtida y le pareció que un temblor la sobrecogía. Elevando la cara, siguió la dirección de su mirada, que estaba posada en el fondo de la sala, en un punto indefinido.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Panchito volvió hacia él repentinamente la cara y sonrió a toda mandíbula. Su rostro, sin embargo, parecía cubierto por una capa de ceniza.

—Que hace un poco de frío y la neblina me ha calado los huesos —respondió y se frotó repetidamente los ojos—. No me siento muy bien… —añadió y trató de encender un cigarrillo.

Danilo observó nuevamente a su alrededor, como si de pronto algo hubiera cambiado y fuera necesario comprobarlo. Todo seguía igual, sin embargo. Quizá los rostros de los empleados comenzaban a angularse como los de los noctámbulos, y los hombres del mostrador estaban un poco borrachos. Danilo esperó que Panchito comenzara a hablar,

pero, lejos de hacerlo, su compañero había doblado la cabeza contra el pecho y permanecía en la actitud de un hombre que reflexiona o que duerme. El temor de haber perdido su confianza, de que hubiera descubierto que Estrella estaba también comprometida, sobrecogió a Danilo. Veía ya sus proyectos abatirse y una súbita amargura lo hizo imitar el gesto profundo de su amigo. Pronto sintió, sin embargo, que Panchito lo cogía de la manga e inclinaba su rostro por encima de la mesa. Al observarlo, notó que gotitas de sudor resbalaban por su frente.

—Debemos abreviar —dijo en voz baja—. Mi impermeable está cargado, como supondrás... La plata está en el bolsillo de adentro... No mires tanto a tu alrededor... Debemos abreviar. Tú ya sabes lo que tienes que hacer. Yo me voy a quitar el impermeable para ir al urinario. Luego la pico por la puerta del costado... No es por nada, pero siempre es mejor tomar precauciones. Tú te estás un rato y luego enfilas para tu hotel hasta que parta el ómnibus, con el impermeable, naturalmente...

Danilo asintió con la cabeza, un poco sorprendido, pero en el fondo admirado de la habilidad con que se desempeñaba su compañero. Pensó que en adelante tendría mucho que aprender de él. Lo vio levantarse con el cigarrillo en los labios, dejar el impermeable sobre la silla y caminar hacia el urinario haciendo el ademán de desabrocharse la bragueta. Poco después lo vio desaparecer por la puerta lateral, sin hacerle siquiera un guiño.

Danilo quedó nuevamente solo. Su mirada se posó en el impermeable, que yacía en la silla en una posición un poco indolente de cosa olvidada. De sus pulmones se escapó un hondo suspiro. La ansiedad contenida se desbordaba al fin. La comisión estaba recibida, ahora solo faltaba cum-

plirla. Tuvo la tentación momentánea de encargar otro trago, pero empezaba a sentir un poco de fatiga. Además tenía que pasar por Estrella. Un momento más permaneció sentado, repensando la escena vivida, tomando conciencia de la importancia de su misión. El destino de los empleados, que en ese momento levantaban la voz, le pareció al lado del suyo miserable y ridículo. Ellos encarnaban la normalidad, el orden, el buen sentido, la pequeña licencia semanal... Él, en cambio, acababa de ingresar en el círculo de las grandes empresas secretas, en el dominio de la clandestinidad. Levantándose, cogió el impermeable y lanzó una mirada soberbia en torno suyo. Le provocó escupir a su alrededor.

Después de dejar una libra en la mesa —ya empezaba a mostrarse magnífico—, se echó el impermeable sobre los hombros, con una naturalidad que a él mismo lo sorprendió. Notó que pesaba, como si tuviera los bolsillos cargados de piedras.

Con paso seguro atravesó el umbral y quedó delante del bar un poco indeciso. Optó por ir a pie hasta la casa de doña Perla. Estrella debía estar impaciente. Con la frente en alto, se echó a andar, cortando la neblina. Pensó que dentro de unas horas estaría instalado en el ómnibus, atravesando los arenales amarillos. Todo eso iba a suceder porque había conocido a Panchito, porque su madre había muerto, porque tenía un terno verde... Su mirada se posó en las casas, en los letreros de los bares, en las luces altas de los edificios, con esa vaga melancolía que precede a todo viaje. Volteando la cara, divisó a dos hombres que venían caminando. La neblina le impidió advertir que eran los mismos que bebían cerveza en el bar. Sigilosamente, habían comenzado a seguirlo.

París, 1954

JUNTA DE ACREEDORES

Cuando el campanario de Surco dio las seis de la tarde, don Roberto Delmar abandonó el umbral de su encomendería y, sentándose tras el mostrador, encendió un cigarrillo. Su mujer, que lo había estado espiando desde la trastienda, sacó la cabeza á través de la cortinilla.

—¿A qué hora van a venir?

Don Roberto no respondió. Tenía la mirada fija en la puerta de la calle, por donde se veía un pedazo de pista sin asfaltar, la verja de una casa, unos rapaces jugando a las bolitas.

—No fumes tanto —prosiguió su mujer—. Tú sabes que eso te pone nervioso.

—¡Déjame en paz! —exclamó él, dando un golpe en el mostrador. Su mujer desapareció sin decir palabra. El continuó mirando la calle, como si allí se estuviera desarrollando un espectáculo apasionante. Los representantes no tardaban en llegar. Las sillas ya estaban preparadas. La sola idea de. verlos sentados allí, con sus relojes, sus bigotes, sus mofletes, lo exacerbaba: «Hay que conservar la dignidad —se repetía—. Es lo único que todavía no he perdido». Y su mirada inspeccionaba rápidamente las cuatro paredes de su tienda. En las repisas de madera sin pintar, se veían infinidad de comestibles. Se veían también pilas de jabón, cacerolas, juguetes, cuadernos. El polvo se había acumulado.

A las seis y cinco, una cabezacoıocada al extremo de un pescuezo ostensiblemente largo, asomó por el umbral.

—¿La encomendería de Roberto Delmar?

—La misma.

Un hombre alto ingresó con un cartapacio bajo el brazo.

—Yo soy representante de la compañía «Arbocó» Sociedad Anónima.

—Encantado —replicó don Roberto, sin moverse de su sitio.

El recién llegado dio unos pasos por la tienda, se ajustó los anteojos y comenzó a observar la mercadería.

—¿Esto es todo lo que hay?

—Sí, señor.

El representante hizo una mueca de decepción y, tomando asiento, comenzó a revisar su cartapacio.

Don Roberto fijó nuevamente su mirada en la puerta. Sentía una viva curiosidad por observar al recién llegado, pero se dominaba. Le parecía que ello sería un signo de debilidad, o por lo menos, de condescendencia. Prefería mantenerte inmutable y digno, en la actitud de un hombre que debe pedir cuentas en lugar de rendirlas.

—Según el tenor de las letras que obran en mi poder, su débito para con «Arbocó» Sociedad Anónima asciende a la cifra...

—Por favor —interrumpió don Roberto—. Preferiría que no hable de números hasta que lleguen los otros acreedores.

Un hombre bajito y gordo, con sombrero hongo, atravesó el umbral en ese momento.

—Buenas tardes —dijo, y cayendo en una silla quedó quieto y callado, como si se hubiera dormido. Poco después extrajo un papel y comenzó a trazar cifras.

Don Roberto comenzó a sentir una especie de enervamiento. El tabaco le había dejado la boca amarga. A veces

descargaba sobre los acreedores una mirada, furtiva y voraz, como si quisiera aprehenderlos y aniquilarlos por un solo acto de percepción. Sin conocer nada de sus vidas, los detestaba íntimamente. Él no era hombre de sutilezas para hacer diferencias entre una empresa y sus empleados. Para él, ese hombre alto y de lentes, era la compañía «Arbocó» en persona, vendedora de papel y de cacerolas. El otro hombre, porque era adiposo y parecía bien comido, debía ser la fábrica de fideos «La Aurora», en chaleco y sombrero de hongo.

—Quisiera saber... —comenzó la fábrica de fideos— cuántos acreedores han sido citados a esta junta.

—¡Cinco! —replicó «Arbocó», sin esperar la respuesta del encomendero— ¡Cinco! Según la convocatoria que obra en mi »fólder», somos cinco los que detentamos los créditos.

El hombre gordo agradeció con una venia y continuó enfrascado en sus números.

Don Roberto abrió otro paquete de cigarrillos. Pensó por un momento que hubiera sido mejor entrecerrar la puerta, porque siempre era probable que entrara algún cliente y olfateara lo que sucedía. Sin embargo, sentía cierta resistencia a levantarse, como si el menor movimiento le fuera a ocasionar una enorme pérdida de energías. La inmovilidad era en este momento para él una de las condiciones de su fuerza.

Un muchacho con unos libros bajo el brazo, ingresó rápidamente en el establecimiento. Al ver a esos extraños visitantes, quedó como cortado.

—Buenas tardes, papá —dijo al fin, y atravesando la cortinilla se perdió en la trastienda. Del interior llegó un rumor de voces.

Don Roberto, por un acto mecánico, miró su muñeca izquierda dónde solo quedaba una huella de piel clara. Una súbita vergüenza lo asaltó al imaginar que los acreedores podían haberse percatado de su acto fallido. Entre ellos, sin embargo, había comenzado una conversación tediosa.

—¿«Arbocó»? —preguntaba el gordo— ¿Eso no queda en la avenida Arica?

—¡No! Esa es «Arbicó» —replicó el otro, sensiblemente ofendido por la confusión.

Los otros acreedores aún no aparecían y don Roberto comenzó a sentir una impaciencia creciente. Ellos sí sabían hacerse esperar, en cambio a él eran incapaces de concederle unos meses de mora. En su irritación confundía la puntualidad de las citas con la de los plazos judiciales, los atributos de los hombres con los de las instituciones. Estaba a punto de incurrir en mayores enredos, cuando dos hombres ingresaron conversando animadamente.

—Fábrica de cemento «Los Andes» —dijo uno.

—Caramelos y chocolates «Marilú» —dijo el otro, y tomando asiento, prosiguieron su charla.

«Cemento... Caramelos», repitió don Roberto maquinalmente y lo repitió varias veces como si fueran para él palabras extrañas a las cuales fuera necesario encontrarles un sentido. Recordó la ampliación de su local, que tuvo que suspender por falta de cemento. Recordó los pomos de caramelos numerados del uno al veinte. Recordó al italiano Bonifacio Salerno...

—Bueno, ¿quién es el que falta? —preguntó una voz.

Don Roberto se abrió paso desde su mundo interior. El hombre del cemento lo miraba, esperando su respuesta. Pero ya «Arbocó» había consultado su cartapacio, para replicar:

—Según los documentos que tengo en mi «fólder», el que falta es Ajito. ¡A-j-i-t-o, así como suena! Es un japonés del Callao.

—Gracias —replicó el interesado. Y volviéndose hacia su compañero añadió: —No se puede hablar en este caso de cortesía oriental.

—Por el contrario —replicó el otro—. El tal japonés, por el nombre, parece más peruano que... que el ají.

Los representantes rieron. Su complicidad de acreedores pareció requerir de esta broma fácil para hacerse patente. Entre los cuatro comenzaron a hablar animadamente de sus empresas, de sus créditos, de sus funciones. Abriendo sus cartapacios, exhibían letras de cambio, cartas confidenciales y otros documentos que ellos calificaban de «fehacientes», poniendo una especie de voluptuosidad en el carácter técnico del término.

Don Roberto, a la vista de todos aquellos papeles, sintió una sorda humillación. Tenía la impresión de que esos cuatro señores se habían puesto a desnudarlo en público para escarnecerlo o para descubrir en él algún horrible defecto. A fin de defenderse de esta agresión, se enroscó sobre sí mismo, como un escarabajo; rastreó su pasado, su vida, tratando de encontrar algún acto honroso, alguna experiencia estimable que prestara apoyo a su dignidad amenazada. Recordó que era presidente de la Asociación de Padres de Familia del Centro Escolar No. 480, donde estudiaban sus hijas. Este hecho, sin embargo, que antes lo enorgullecía, pareció revolverse ahora contra él. Creyó descubrir que en el fondo ocultaba una punta de ironía. La idea de renunciar al cargo le vino inmediatamente. Comenzó a pensar en los términos en que redactaría la carta, cuando su hijo salió de la trastienda y se detuvo en medio de la pieza. Don

Roberto se estremeció porque el muchacho estaba pálido y parecía irritado. Después de mirar con desprecio a los acreedores salió a la calle sin decir palabra.

—Bueno —dijo uno de ellos—. Creo que debe abrirse la junta.

—Esperemos cinco minutos —replicó don Roberto, y se asombró de descubrir aún en su voz un resto de autoridad.

Una sombra apareció en el umbral. Los representantes creyeron que se trataba de Ajito; sin embargo, era el hijo del encomendero, que volvía.

—Papá, ven un momento.

Don Roberto se levantó y atravesando la tienda salió a la calle. Su hijo lo esperaba a pocos pasos de la puerta, vuelto de espaldas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, dándole bruscamente la cara.

Don Roberto no replicó, cortado por el tono del muchacho.

—¿Qué hace toda esta gente metida en la tienda? ¿Cómo los has dejado entrar?

—Pero, muchacho, escúchame, los negocios... tú sabes...

—¡Yo no sé nada! ¡Lo único que yo sé es que en tu lugar los sacaría a patadas! ¿No te das cuenta de que se ríen? ¿No te das cuenta de que te toman el pelo?

—¿Tomarme el pelo? ¡Eso nunca! —protestó don Roberto— Mi dignidad...

—¡Qué dignidad ni ocho cuartos! —gritó él fuera de sí. A su lado había un carro elegante, probablemente de alguno de los acreedores— ¡Tu dignidad! —repitió con desprecio— ¡Esa es la única dignidad! —añadió señalando el

carro— ¡Cuando tengas uno así podrás hablar de ella! —y cegado por la cólera dio un puntapié a una de las llantas, que resonó como un tambor.

—¡Cálmate! —ordenó don Roberto tratando de cogerlo del brazo— ¡Cálmate, Beto! Todo se arreglará, yo sé, ya verás... —y para apaciguarlo, añadió: —¿No quieres un cigarrillo?

—No quiero nada —replicó él y comenzó a alejarse. Algunos pasos más allá se detuvo—. ¿No tienes una libra? —preguntó— Quiero ir al cine esta noche, no puedo seguir escuchando a esos imbéciles...

Don Roberto sacó la cartera. El muchacho recibió el dinero y sin agradecer se marchó muy apurado. Don Roberto lo vio alejarse, descorazonado. Desde la tienda llegaba el rumor de los acreedores.

Aprovechando su ausencia, ellos se habían levantado «para estirar las piernas», según dijeron. Acercándose a las repisas, cogían la mercadería y la examinaban. Se fumaba, se contaba chistes. Resignados a la espera, trataban de sacar de ella el mejor partido posible. A fuerza de olfatear, «Arbocó» descubrió, tras una pila de tinteros, unas botellas de pisco.

—¡Había secretitos! —exclamó, regocijado por su hallazgo.

Cuando don Roberto ingresó, volvieron a sus sitios, retomaron su papel de acreedores. Los rostros se endurecieron, las manos se posaron solemnemente en las sisas de los chalecos.

—Puede abrirse la junta —ordenó don Roberto—. El otro acreedor no tardará en llegar.

Hubo un corto silencio. El hombre de los fideos se levantó al fin y, abriendo su cartapacio, comenzó a hacer la

enumeración de sus créditos. Los demás acreedores asentían con la cabeza, algunos tomaban rápidas anotaciones. Don Roberto hacía lo posible por concentrarse, por aparentar un poco de atención. El recuerdo de su hijo, sin embargo, ironizando sobre la dignidad, arrancándole la libra de la mano, lo atormentaba. Pensó por un momento que debía haberlo abofeteado. Pero, ¿para qué? Ya estaba demasiado grande para este tjpo de castigo. Además, temía estar en el fondo de acuerdo con lo que su hijo había dicho.

—...he terminado —dijo el gordo y se sentó.

Don Roberto despertó.

—Bien, bien... —dijo— Perfectamente. Estoy de acuerdo con eso. Pasemos al siguiente.

Cemento «Los Andes» desenrolló un largo papel. Una letra de trescientos soles, de fecha cuatro de agosto. Otra letra de ochocientos, del dieciséis del mismo mes...

Don Roberto recordó las bolsas de cemento que le trajeron en el mes de agosto. Recordó el entusiasmo con que inició la ampliación de su local. Pensaba hacer una bodega moderna, incluso abrir hasta un restaurante. Todo, sin embargo, había quedado a la mitad. Los pocos sacos que le restaban, se habían endurecido con la humedad. La llegada de Bonifacio Salerno fue para él el comienzo de su ruina...

—...total: dos mil ochocientos soles —terminó el representante del cemento y tomó asiento.

Caramelos y chocolates, «Marilú» se levantó, pero ya don Roberto no escuchaba nada. Cada vez que venía a su memoria la figura de Bonifacio Salerno, sentía un enardecimiento que lo embrutecía. Al mes que abrió su bodega, a pocos pasos de la suya, le había arrebatado toda la clientela. Bien instalada, mejor provista, le hizo una competencia desleal. Don Bonifacio otorgaba créditos y además era pan-

zón, completamente panzón... Don Roberto se aferró a este detalle con una alegría infantil, exagerando mentalmente el defecto de su rival, hasta convertirlo en una caricatura. Este era, no obstante, un subterfugio muy fácil en el que siempre recaía. Haciendo un esfuerzo volvió a la realidad. El hombre de los caramelos seguía leyendo:

—...dos kilos de chocolates, treintaicinco soles...

—¡Basta! —exclamó don Roberto y al percatarse que había levantado mucho la voz, se excusó— La verdad es que esta lectura no tiene objeto —añadió—. Conozco perfectamente mis deudas. Sería mejor pasar directamente al arreglo.

El hombre de «Arbocó» protestó. Si sus colegas habían leído, él también tenía quehacerIo. ¡No era justo que lo dejara de lado!

—¡Mis documentos son fehacientes! —gritaba, agitando su cartapacio.

Entre sus compañeros lo calmaron, lo convencieron que renunciara a la lectura. El no quedó muy satisfecho. Lanzando su mirada miope sobre las repisas, trató de cobrarse una revancha. Los picos de las botellas de pisco asomaban discretamente.

—¿No podría servirme una copita? —insinuó— La tarde está un poco fría. Yo padezco de los bronquios.

Don Roberto se levantó. En su impaciencia por liquidar el asunto, era capaz de cualquier concesión de este tipo. a otro. Alineó cuatro copas en el mostrador y las llenó.

En ese momento un oriental bajito, con un sombrero metido hasta las sienes, se deslizó en la tienda como una sombra.

—Ajito —murmuró con voz imperceptible—. Yo soy Ajito.

—¡Llega usted a tiempo! —exclamó Cemento «Los Andes».

—¡Para el brindis de honor! —añadió Caramelos «Marilú». Y los dos rieron sonoramente. Era evidente que entre ambos había algo así como una sociedad clandestina para hacer bromas estúpidas. Sus espíritus formaban una bolsa común. Uno siempre coronaba las frases del otro y entre los dos se repartían las ganancias.

—No tomo —se excusó el japonés.

—Su copa para mí —intervino «Arbocó», y se sirvió un trago tras otro. Después de chasquear la lengua, regresó a su sitio. Dos manchas rojas le habían aparecido en las mejillas.

—Bueno —repitió don Roberto—. Insisto en que pasemos directamente al arreglo.

—De acuerdo —dijeron los acreedores.

—¡De acuerdo! —añadió «Arbocó», levantándose— Estoy de acuerdo con eso. Pero antes creo que debemos hacer un resumen...

—¡Nada de resúmenes! ¡Al grano! —gritaron algunas voces.

—¡El resumen es imprescindible! —exclamó «Arbocó»— No se puede hacer nada sin un resumen... Ustedes saben, el método antes que nada. ¡Seamos ordenados! Yo he preparado un resumen, yo he tomado notas...

A fuerza de insistir, logró su propósito y pronto se embarcó en una larga exposición donde se mezclaban arbitrariamente las anécdotas, los artículos del Código Civil, las consideraciones del orden moral, tratando a toda costa de mostrar un poco de ingenio. Los acreedores comenzaron a conversar por lo bajo. Ajito se levantó para echar una mirada a la calle. Don Roberto pensaba nuevamente en sus hi-

jas. Si llegaban en ese momento, ¿cómo les explicaría el sentido de esa ceremonia? Sería imposible ocultarles la verdad de las cosas. Desde la trastienda todo se escuchaba.

«Arbocó», mientras tanto, se había interrumpido al ver la poca atención que se prestaba a su discurso. Decepcionado, se acercó al mostrador y se sirvió otra copa de pisco. Los acreedores reían seguramente de algún chiste. Él se sintió ofendido, como si fuera el blanco de las burlas. Todo lo vio por un momento negro y hostil. Su fracaso como orador, su poca suerte con las mujeres, su tragedia de viajar en tranvía, le envenenaron el hígado, le predispusieron a la intransigencia.

—¡Pues si se trata de abreviar, abreviemos! —exclamó— ¡Basta de corrillos, al grano! —y cayendo en su silla, cruzó los brazos con una seriedad un poco presuntuosa. Ajito regresó a su puesto. Todas las miradas se posaron en el encomendero.

Don Roberto se levantó. Sentía un ligero malestar. La idea de que su mujer lo estaría espiando desde la cortinilla, aumentaba su nerviosidad. No ceder era su divisa. Conservar la dignidad.

—Señores —empezó—. Esta es mi propuesta. Mis deudas ascienden a la suma de veinticinco mil soles. Bien, yo creo que si ustedes me conceden una mora de dos meses...

Un rumor de protesta se levantó en la tienda. «Arbocó» era el más exaltado.

—¿Por qué no, de una vez, todo el año? —gritaba— ¿Por qué no, de una vez, todo el año?

—¡Déjeme terminar! —exclamó don Roberto, golpeando el mostrador— ¡Después escucharé sus razones! Digo que si me conceden una mora de dos meses y si reducen sus créditos al treinta por ciento...

—¡Eso no, eso no! —gritó «Arbocó» y al ver que sus compañeros lo apoyaban, se levantó, tratando de adueñarse de la situación— ¡Eso no, señor Delmar!... —continuó, pero luego sus ideas se ofuscaron, no encontró las palabras precisas y lapidarias que en ese momento se requerían y quedó repitiendo mecánicamente— ¡Eso no, señor Delmar! ¡Eso no, señor Delmar!

El representante de los fideos se levantó a su vez. Su tranquilidad contagiosa puso un poco de calma.

—Señores —dijo—. Veamos la cosa sin apasionamientos. Considero que la propuesta de nuestro deudor es muy interesante, pero es francamente inaceptable. En realidad nuestros créditos son muy antiguos. Algunos datan de hace un año. Si en doce meses no ha podido pagar, creo que en dos le será igualmente imposible.

—Usted olvida la reducción —objetó don Roberto.

—Precisamente sobre eso quiero hablar. Reducir nuestros créditos al treinta por ciento, es casi remitirle sus deudas. Yo creo que las empresas que representamos no aceptarán...

—¡Mi principal!, ¡de ninguna manera! —intervino «Arbocó»— ¡Mi principal es persona muy seria!

—¡El mío tampoco! —añadió el acreedor de cemento.

—¡Ni el mío! —terminó el de los caramelos.

Don Roberto quedó silencioso. Presentía una negativa; sin embargo, no creyó encontrar una solidaridad tan enérgica en el grupo. Los cuatro hombres estaban también callados, de pie, formando una especie de unidad indestructible, y lo miraban desafiantes, dispuestos a sepultarlo en un mar de razones y de números si él cometía la torpeza de insistir. Solamente Ajito continuaba sentado en un rincón, ajeno al

ritmo de las pasiones. Don Roberto lo miró casi con simpatía, adivinando que en él tenía un colaborador.

—¿Y usted? —preguntó dirigiéndose a él—. ¿Qué piensa usted?

—Yo estoy de acuerdo, de acuerdo... —susurró.

—¿De acuerdo con quién? —gritó «Arbocó» estirando hacia él su largo pescuezo.

—De acuerdo con el deudor.

«Arbocó» tronó. Habló de deslealtad, de falta de tacto, de ausencia de compañerismo. Solamente en el ataque parecía cobrar cierta elocuencia. Trató de agitar la opinión contra el japonés, contra todos los japoneses, contra el Oriente en suma.

—¡Diríase que no les importa el dinero! —farfullaba— Claro, este es un asunto de poca monta para ellos. ¡Ellos forman clan, tienen redes de chinganas por toda la capital, cuentan con ayuda de su gobierno!...

Ajito se mantenía imperturbable. Don Roberto intervino.

—No es el momento de discutir esas cosas. Estoy dispuesto a escuchar su contrapuesta.

Los cuatro acreedores —de hecho excluyeron a Ajito— se pusieron a discutir formando un bloque cerrado. El desacuerdo reinaba. «Arbocó» parecía encarnar la posición extrema. Su voz dominaba el grupo. Por momentos se acercaba al mostrador y se servía una copa de pisco. Para mayor comodidad, por último, conservó la botella en la mano.

—¡Sentimentalismo aparte! —gritaba— ¡Representamos los intereses de la empresa!

Don Roberto hacía lo posible por aparentar indiferencia. De lo que en ese momento se decidiera, sin embargo, dependía su suerte. Con la mirada fija en la puerta, chupa-

ba su cigarro. De una casa vecina llegaba el ritmo de un mambo. Su mujer debía de estar como él, tras la cortinilla, con el corazón estrujado en la mano... Su hijo ¿dónde estaría su hijo? ¿Por qué no lo había abofeteado?... ¡Y en el Centro Escolar 480 tenía que pronunciar un discurso!... Don Bonifacio vendía, seguramente, toneladas de «spaguetis»... El ruido del mambo aumentaba... Era un baile, sin duda un baile en la casa vecina... ¿Por qué no se cogían de la mano él y los acreedores y Bonifacio y se iban al baile para olvidar todas esas pequeñas miserias?

—Don Roberto Delmar... —empezó el gordo de los fideos—, en cierta medida hemos llegado a un acuerdo.

—¡Disiento! —protestó «Arbocó»— ¡Mi opinión!...

—¡Hemos llegado por mayoría a un acuerdo! —insistió el gordo, elevando la voz— Se trata de lo siguiente: se le concede una mora de quince días y se reducen sus créditos al cincuenta, por ciento. ¿Está usted de acuerdo?

—¡No! —replicó don Roberto. Y ante este súbito rechazo se hizo un silencio profundo. Don Roberto lo fue alargando lentamente, mientras regulaba su pulso, mientras preparaba su respuesta. El mambo comenzó nuevamente. Por el umbral asomaban algunos curiosos—. No puedo aceptar esas condiciones —añadió al fin—. No puedo, señores, no puedo... —su voz reveló un primer desfallecimiento— Ustedes no saben, ustedes no comprenden cómo han sucedido las cosas. Yo no he querido estafar a nadie. Yo soy un comerciante honrado. Pero en los negocios no es suficiente la honradez... ¿Ustedes conocen acaso a mi competidor? Él es poderoso y gordo, él ha abierto una bodega a dos pasos de aquí y me ha arruinado... Si no fuera por él, yo estaría vendiendo y podría haber terminado la ampliación de mi local... Pero él está surtido y gordo... Se los repito,

señores, gordo… —los acreedores se miraron inquietos entre sí— El posee un gran capital y una gran panza. Yo no puedo contra él… Yo no puedo levantar cabeza sino dentro de dos meses y al treinta por ciento… Ustedes verán en la pieza de al lado la construcción paralizada… ¡Si no fuera por Bonifacio, ya estaría abierto mi restaurante y yo vendería y pagaría mis deudas… Pero la competencia es terrible, y además mis hijas van al colegio y yo soy presidente de la Asociación de Padres…

—En una palabra… —interrumpió «Arbocó» al ver el extraño giro que tomaba el asunto—, ¿no puede usted?

—¡No puedo! —terminó don Roberto

—No hay más que hablar, entonces. Informaré a mis principales.

—Pero recapacite —intervino el hombre de los fideos—. Nuestras condiciones no son draconianas.

—¡No puedo! —repitió don Roberto— ¿Para qué se lo voy a ofrecer? ¡Dentro de quince días se repetirá la historia!

—Entonces, no hay nada que hacer —intervinieron conjuntamente cemento y caramelos—. ¡La quiebra!

—Sí, la quiebra —confirmó fideos.

—¡La quiebra! —gritó «Arbocó» con cierto encarnizamiento, como si se anotara una victoria personal.

—Se procederá a la quiebra.

—Sí, naturalmente, la quiebra.

Don Roberto los miraba alternativamente, viendo cómo la palabra saltaba de boca en boca, se repetía, se combinaba con otras, crecía, estallaba como un cohete, se confundía con las notas de la música…

—¡Pues bien, la quiebra! —dijo a su vez y apoyó los codos con tanta fuerza en el mostrador, que diríase hubiera querido clavarse a la madera.

Los acreedores se miraron entre sí. Esta súbita resignación a los que ellos consideraban su más fuerte amenaza, los desconcertó. «Arbocó» farfulló algo. Los otros hicieron comentarios por lo bajo. En general esperaban que el encomendero diera un nuevo testimonio de su decisión. Como no se atrevían a preguntar ni a moverse, ni a partir, don Roberto intervino.

—La junta ha terminado, señores —dijo, y cruzando los brazos quedó mirando fijamente el techo.

Los acreedores cogieron sus cartapacios, tiraron sus colillas al suelo, saludaron con una reverencia y atravesaron uno a uno el umbral. Ajito antes de salir, se quitó el sombrero.

Don Roberto se apretó fuertemente las sienes y quedó con la cabeza enterrada entre las manos. La música había cesado. El ruido de un automóvil que arrancaba rompió por un momento el silencio. Luego todo quedó en calma. La idea de que había conservado la dignidad comenzó a parecerle verosímil, comenzó a llenarlo de una rara embriaguez. Tenía la impresión de que había ganado la batalla, que había batido en retirada a sus adversarios. El espectáculo de las sillas vacías, de las colillas humeantes, de las copas volteadas, le producía una especie de frenesí victorioso. Sintió por un momento el deseo de ingresar en la trastienda y abrazar emocionado a su mujer, pero se contuvo. No, su mujer no comprendería el sentido, el matiz de su victoria. Desde las repisas, además, las mercaderías cubiertas de polvo se obstinaban en guardar una sorda reserva. Don Roberto las repasó con la mirada y sintió como una perturbación. Esa mercadería ya no le pertenecía, era de los «otros», había sido dejada allí expresamente para enturbiar su gozo, para confundir su espíritu. Dentro de pocos días sería reti-

rada y la tienda quedaría vacía. Dentro de pocos días se haría efectivo el embargo y el negocio sería clausurado.

Don Roberto se levantó nerviosamente y encendió un cigarrillo. Quiso revivir en su espíritu la sensación de la victoria pero le fue imposible. Se dio cuenta que desfiguraba la realidad, que forzaba sus propios raciocinios. Su mujer, en ese momento, apareció tras la cortinilla, extrañamente pálida.

Don Roberto no resistió su mirada y volvió la cara a la pared. Un pomo de caramelos le devolvió su imagen en un ángulo aberrante.

—¡Tú no sabes!... —exclamó, pero no pudo añadir nada más.

Su mujer se encogió de hombros y regresó a la trastienda.

Don Roberto observó su imagen en el pomo, pequeñita y torcida. «¡La quiebra!» susurró, y esta palabra adquirió para él todo su trágico sentido. Nunca una palabra le pareció tan real, tan atrozmente tangible. Era la quiebra del negocio, la quiebra del hogar, la quiebra de la conciencia, la quiebra de la dignidad. Era quizá la quiebra de su propia naturaleza humana. Don Roberto tuvo la penosa impresión de estar partido en pedazos, y' pensó que sería necesario buscarse y recogerse por todos los rincones.

De un puntapié derribó una silla y luego se caló la bufanda. Apagando la luz de la tienda, se aproximó a la puerta. Su mujer, que lo sintió salir, asomó por tercera vez.

—¿Dónde vas, Roberto? La comida ya va a estar lista.

—¡Bah!, ¿adónde va a ser? ¡Voy a dar una vuelta! —y atravesó el umbral.

Cuando estuvo en la calle, vaciló un momento. No sabía exactamente para qué había salido, adónde quería ir. A

pocos metros se veían las luces rojas de la bodega de Bonifacio Salerno. Don Roberto volteó la cara, como esquivando un encuentro desagradable y, cambiando de rumbo, comenzó a caminar. Unas muchachas pasaron riéndose, y él se pegó a la pared. Temió que fueran sus hijas, que le preguntaran algo, que quisieran besarlo. Acelerando el paso, llegó a la esquina, donde un grupo de vecinos conversaban. Al verlo pasar se dirigieron a él.

—¿Cómo, don Roberto, no va usted a la procesión?

Él contestó con un ademán y siguió su camino. Poco después recapacitó. Se trataba de la procesión del Señor de los Milagros. Este acontecimiento, que antes le era tan significativo, ahora le resultaba completamente indiferente y hasta irrisorio. Pensó que las calamidades tenían un límite más allá del cual ni Dios mismo podía intervenir. Una sensación extraña de haberse insensibilizado, de haber cambiado la piel en corteza, de haberse convertido en cosa, lo aguijoneaba. El hecho de que estaba en quiebra contribuía a fortalecer esta idea. Era horrible, pensaba, que se aplicaran a las personas palabras que habían nacido por referencia a los objetos. Se podía quebrar un vaso, se podía quebrar una silla, pero no se podía quebrar a una persona humana, así, por una sola declaración de voluntad. Y a él, esos cuatro señores lo habían quebrado delicadamente, con sus reverencias y sus amenazas.

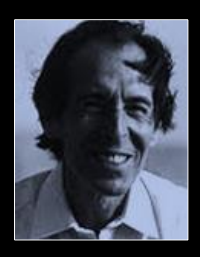
Al llegar a un bar se detuvo irresoluto pero pronto reemprendió su marcha. No, no quería beber. No quería conversar con el tabernero ni con nadie. Quizás la única compañía que en ese momento soportaría sería la de su hijo. Casi con el placer había visto desarrollarse en él sus mismas cejas negras y su orgullo... Pero no. Era absurdo. Él tampoco podría comprenderlo. Era necesario evitar su en-

cuentro. Era necesario evitar el encuentro de todos: el de aquellas personas que pasaban y lo miraban, y el de aquellas otras que ni siquiera se daban el trabajo de hacerlo.

Había oscurecido. Un olor a mar saturaba el ambiente. Don Roberto pensó en el malecón. Allí se estaba bien. Había un barandal ondulante, una hilera de faroles amarillos, un mar oscuro que batía incesantemente la base del barranco. Era un lugar apacible donde apenas llegaban los rumores de la ciudad, donde apenas se presentía la hostilidad de los hombres. A su amparo se podían tomar grandes resoluciones. Allí él recordaba haber besado por primera vez a su mujer, hacía tanto tiempo. En ese límite preciso entre la tierra y el agua, entre la luz y las tinieblas, entre la ciudad y la naturaleza, era posible ganarlo todo o perderlo todo... Su marcha se hizo acelerada. Las tiendas, las personas, los árboles, pasaban fugazmente a su lado, como incitándolo a que estirara la mano y se aferrara. Un olor a sal hirió sus narices.

Aún faltaba mucho, sin embargo...

París, 1954



JULIO RAMÓN RIBEYRO
(Lima, Perú, 1929-1994)

Narrador, dramaturgo y ensayista. Figura sobresaliente de la denominada generación del 50 de su país. Se le considera como uno de los mejores cuentistas de la literatura latinoamericana. En este género publicó *Los gallinazos sin plumas* (1955), *Cuentos de circunstancias* (1958), *Las botellas y los hombres* (1964), *Tres historias sublevantes* (1964), *Los cautivos* (1972), *El próximo mes me nivelo* (1972), *Silvio en el rosedal* (1977), *Sólo para fumadores* (1987) y *Relatos santacrucinos* (1992). Toda su cuentística se ha reunido bajo el título general de *La palabra del mudo*. Es autor, asimismo, de las novelas *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambia de guardia* (1976); de las obras de teatro *Santiago, el pajarero* (1975) *y Astuparia* (1981); de la colección de ensayos *La caza sutil* (1975) y de un par de volúmenes inclasificables. Entre otros reconocimientos, recibió el Premio Nacional de Literatura (1983), el Premio Nacional de Cultura (1993) y el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994).

«Los cuentos de Julio Ramón Ribeyro, a pesar de su versatilidad, configuran un mundo narrativo orgánico, personalísimo, en el que se alían el contenido profundamente humano de sus temas con una depurada técnica y un estilo diáfano y conciso. Circunscritos en sus comienzos a la pequeña clase media y a los marginados del medio urbano limeño, sus relatos fueron cobrando amplitud y universalidad, para abarcar en definitiva al hombre de nuestra época, concretamente a cierto tipo de humanidad, producto de la urbe o del poblado, confrontada a situaciones límite y que, incapaz de discernir entre lo real y lo ilusorio, entre lo posible o lo imposible, se ve condenada a un combate solitario y perdido de antemano. El tono por lo general sombrío y desencantado del mundo ribeyriano es atemperado, sin embargo, por el toque de fantasía y de humor que impregna muchos de sus relatos y le da ese carácter inconfundible, ambivalente, mezcla de tragedia y comedia, como es en realidad la vida».

